Orientaciones

Principios del Imperium Pagano y Constitucion de una Orden

Julius Evola

Ediciones Titania

ORIENTACIONES

Principios del Imperium Pagano

y Constitución de una Orden

JULIUS EVOLA

Ediciones Titania

HABLANDO DE ORIENTACIONES DE JULIUS EVOLA

Este libro representa un breviario idóneo para fijar cuáles son los fundamentos y principios básicos que ha de seguir y a los que ha de aspirar cualquier persona que aspire a caminar por derroteros radicalmente opuestos a los que nos quiere obligar a recorrer el presente Mundo Moderno.

Trata, de una manera sucinta, de descubrir o aclarar posturas de cariz existencial, ético, espiritual, cultural y político destiladas de cualquier tipo de influencia distorsionadora que pudiesen haber recibido de épocas decadentes como la nuestra.

Nosotros, en el presente escrito, nos vamos a limitar, casi exclusivamente, a hacer un repaso de los aspectos que son tratados a lo largo de los once puntos en los que el gran intérprete de la Tradición dividió este libro:

1. Nos recuerda el pensador italiano que nos encontramos en medio de un mundo en ruinas y que, por tanto y antes que nada, nos debemos plantear el siguiente

problema: ¿existen aún hombres en pie en medio de estas ruinas?

2. Afirma que si un Estado tuviera un sistema político o social que, en teoría, valiera como el más perfecto, pero en el cual el soporte humano fuese tarado, entonces ese Estado descendería antes o después al nivel de la sociedad más baja. Igualmente dice que si las cualidades de ese hombre fueran óptimas, aun enmarcado en un tipo de Estado con serias deficiencias, la comunidad de la que formase parte se encaminaría paulatinamente a los niveles más altos.
Por tanto, aboga por la reconstrucción de un hombre nuevo, animado mediante un determinado espíritu y una adecuada visión de la vida. Fortificado mediante la adhesión férrea a ciertos principios.

3. En este punto traza una de las pinceladas de lo que deberá ser el hombre nuevo mencionado anteriormente. Y será aquel que sea fiel al espíritu legionario, es decir, aquel que sepa elegir el camino más duro.

4. Y si valores como el del honor, la fidelidad, la valentía, el espíritu de servicio o el de sacrificio que encarnan el arquetipo del guerrero son los que deberán ser adoptados como norma vital, deberán, en consecuencia, rechazarse los modelos existenciales burgués y proletario.
Otro trazo del hombre nuevo vendría conformado por el de su asunción del principio de la impersonalidad activa, para el que lo que cuenta es la obra y no el individuo; el egoísmo quedará, pues, fulminado ante la lucha por la consecución de fines superiores.

5. En este apartado se nos desenmascara el hecho constatable de que el liberalismo, después la democracia, más tarde el socialismo, también el radicalismo

y, en fin, el comunismo o bolchevismo no han aparecido históricamente sino como grados de un mismo mal, como estadios que prepararon sucesivamente el complejo proceso de una caída.

Asimismo se nos advierte de cómo lo que hoy en día conocemos como globalización provocada por el demoplutocratismo, y que Evola denomina americanismo, comporta, y comportaba, más peligro que, según su propia denominación, el bolchevismo, porque el mismo mal actúa, en el primero, en forma más sutil y las transformaciones acontecen imperceptiblemente en el plano de las costumbres y de la visión general de la vida.

6. Como todo nuestro quehacer y todos los ámbitos de la vida deben de estar al servicio de la consecución de metas superiores, nuestro pensador nos quiere dejar bien claro el peldaño jerárquico que debe ocupar cada actividad social y, así, afirma categóricamente que "nuestro radicalismo de la reconstrucción exige que no se transija con la alucinación o el demonio de la economía".

7. Se comienza, en este nuevo punto, por señalar que el tipo de Estado por el que hay que abogar es el Orgánico, no así el Totalitario. Y es que si el primero tiene la función de dirigir y coordinar las actividades de los grupos y entidades sociales, a los que representa, en pos de metas supremas, el segundo, por el contrario, pretende inmiscuirse en el planteamiento de dichas actividades y, más aun, reglamentarlas; o, dicho de otro modo, aspirar a establecer todas las pautas, hasta las más concretas, de la vida de los diferentes órganos y entes comunitarios, con el consiguiente proceso de igualitarización que ello acarrea.
Se continúa por defender el concepto de Imperium

como doctrina de Estado basada en función de una autoridad y de un poder que están investidos de una naturaleza sacra que quiere y debe ser la guía que sirva de modelo a la comunidad a la que articula y aglutina.
Se sigue por rechazar concepciones del Estado, como la bonapartista, que no se basan en ningún fundamento de carácter Superior, sino en el prestigio que, al Jefe de Estado o de Gobierno, le otorgan o refrendan las fuerzas irracionales de la masa. Igualmente, se repudia cualquier variante de democracia porque en ellas el poder también encuentra su legitimización en este mismo tipo de fuerzas.
Se acaba por ensalzar el concepto de élite revolucionaria como órgano rector del Estado y, en relación a su composición, se acaba por afirmar que la suprema nobleza de los Jefes no es la de ser amos de siervos, sino Señores que aman la libertad también de quienes les obedecen.

8. En este apartado se repudian concepciones jacobinas como la del nacionalismo o la de la idea genérica de patria, que se suelen basar en un enfoque físico hacia la tierra en que se habita, o en una adhesión de corte sentimental hacia ella o hacia los momentos más álgidos de su pasado histórico, o en las tierras movedizas e inestables de la voluntad popular alentada por el nefasto Rousseau.
Ante ello Julius Evola defiende que hay que darles a la Idea y al Estado la primacía respecto a una nación y a un pueblo que sólo dentro del Estado adquirirán un significado, una forma y participarán en un grado superior de existencia. (1)
Como colofón se acaba haciendo una relación de términos que son la clave para la constitución de las directrices políticas de una comunidad: Idea, Orden, élite, Estado y Hombres de Orden.

9. El último gibelino -como ha sido llamado nuestro autor- rechaza de plano todos los subproductos que ha originado la llamada cultura libre, no sólo desgajada de cualquier sentido de Trascendencia sino, aún peor, en muchos casos frontalmente opuesta a ella: materialismo histórico, economicismo, darwinismo, psicoanálisis, existencialismo, neo-realismo,...
Asimismo sostiene que la verdadera realidad de la existencia está subordinada a un algo que va más allá; dejando atrás, por la voluntad de un más, aquello que está vinculado a lo meramente humano.
Y deja claro que estas líneas de superación no hay que tenerlas intelectual y dialécticamente, sino vivencialmente, realizadas en su directo significado a través de una vida interior y en la propia conducta. Y aclara también, por otro lado, que desintoxicados, de cultura libre, podremos conseguir claridad, rectitud y fuerza.

10. Se nos habla aquí de la doble posibilidad que existe de superar a la sociedad burguesa y al espíritu burgués que conlleva:
-Yendo a parar a algo todavía más bajo.- la subhumanidad colectivizada y materializada que propugna el realismo marxista.
-Combatiéndolos para elevarse por encima de ellos.- desdeñando la vida cómoda; siguiendo a los que exigen todo de ellos mismos; amando la unión entre la vida y el riesgo; haciendo nuestra la inexorabilidad de la idea desnuda y de la acción precisa.

11. En este último apartado se niega por igual la legitimidad del Estado laico como la del clerical o clericalista, ligando a este último con una crítica hacia el moralismo católico por su componente de humanitarismo, de iusnaturalismo y de igualitarismo y por su ideal del amor y del perdón, en lugar del de honor y justicia.

Se reprocha al catolicismo que no haya sido capaz de hacer suya una elevación ascética, al estilo del espíritu del mejor Medioevo de los cruzados, sino que, por el contrario, haya descendido a un nivel mediocre y, en el fondo, burgués y mezquino.

Como conclusión, Evola nos advierte de la necesidad de defender la intransigencia absoluta de la idea, en función de la cual se debe estar unidos y nos advierte, igualmente, de que es indispensable afirmar esta idea sobre todo, en la forma del hombre nuevo, del hombre de la resistencia, del hombre recto entre las ruinas.

Eduard Alcántara

Septentrionis Lux
http://www.nuevorden.net/k.html

Notas:

(1) Sobre las ideas expresadas hasta el momento en este punto nº 8, recomendamos la lectura del artículo escrito por José Antonio Primo de Rivera en el nº 2 de F. E., titulado La gaita y la lira

Nota: Aparte de algunos análisis y comentarios nuestros, gran parte de este escrito consta de frases textuales de Julius Evola, que no han sido destacadas con otro tipo de letra, sino que únicamente se han destacado algunas reflexiones, ideas o conceptos considerados por nosotros de especial trascendencia.

INTRODUCCIÓN A LA OBRA DE JULIUS EVOLA

Julius Evola nace en Roma en 1898 y muere el 11 de junio de 1974. Son setenta y seis años de vida consagrados, tras dura y sacrificada andadura ascendente, a culminar las más altas cimas de elevación y rectitud heroica. Su obra y su trayectoria serán bautizadas por él mismo como El camino del cinabrio, camino que arranca desde un período juvenil, necesariamente incompleto e influenciado por el ambiente cultural del momento, hasta los tiempos de mayor madurez, equilibrio y firmeza doctrinal que lo convertirán en uno de los más cualificados representantes europeos del pensamiento tradicional.

Después de haber participado en la primera guerra mundial sus contactos con los medios artísticos le llevan a escribir Arte Astratta (1920), destacando en el dadaísmo. "El dadaísmo –nos dirá- no quería ser simplemente una nueva tendencia del arte de vanguardia. Defendía sobre todo una visión general de la vida cuyo impulso hacia una liberación absoluta, trastor-

nando todas las categorías lógicas, éticas y estéticas, se manifestaba en formas paradójicas y desconcertantes. Buscaba el autodisolverse del arte en un superior estado de libertad". O, como señala Tristán Tzara, proclamaba "lo que hay de divino en nosotros por el despertar de la acción antihumana".

El período que él mismo ha dado en llamar "especulativo" estará fuertemente influenciado por Nietzsche, Michelstaedler y Weininger. Dicho período abarcará cuatro años, de 1923 a 1927, aunque algunos libros escritos en dicha etapa no vieran la luz hasta 1930. De esta época serán las siguientes obras, Saggi sull´idealismo mágico (1925), L´uomo como Potenza (1926), Teoría dell"individuo assoluto (1927), Imperialismo pagano (1928) y Fenomenologia dell´individuo assoluto (1930). Alterna esta labor con la dirección de las revistas Ur y después Krur.

Durante el período del Grupo de Ur, sujeto todavía a influencias idealístico-nietzscheanas en unión con el Tantrismo, comienza a sentir la influencia de una nueva línea de pensamiento. A este respecto, se deben considerar los nombres de René Guénon, Guido de Giorgio, Hermann Wirth y J. J. Bachofen.

La primera reacción de Evola, sujeto aún, como decimos, a ciertas influencias profanas y a un carácter no demasiado intelectual, frente a Guenon, aquel maestro sin igual de nuestro tiempo, fue sobre todo negativa; llegando incluso a escribir en la revista Idealismo realistico una crítica del libro que sobre el Vedanta había escrito Guénon. Sin embargo, eliminadas las primeras desconfianzas, Evola va descubriendo en aquel pensador francés el más alto y firme exponente occidental del saber "no humano", tradicional, que le fuera de tan valiosa ayuda para iniciar el abandono definitivo del plano de la cultura profana y "para reconocer la futilidad de errores pasados o de bases cualesquiera del pensamiento moderno". En Guido de Giorgio,

pensador poco conocido y cuya obra literaria es más bien escasa, Evola profundizaría en el concepto de la tradición, entendida ésta como norma de vida opuesta radicalmente a los tiempos de decadencia que definen el mundo actual. "Su indiferencia hacia el mundo moderno ha escrito Evola era tal que se había retirado a los montes, sintiéndolos como su propio ambiente natural". Hermann Wirth delinea el tema de una filosofía de la historia que partía de la idea de la tradición primordial nórdica. Y en J. J. Bachofen descubre los "dos tipos fundamentales de civilización: la una de tipo uránico viril y la otra de tipo telúrico lunar (o femenino)".

"En la primera como principio supremo del universo existía el elemento celeste y luminoso personificado en la divinidad masculina; en la segunda estaba el principio de la vida y de la fecundidad personificada en la Gran Diosa, en la Gran Madre o análogamente en la divinidad de carácter femenino telúrico, nocturno o lunar".

Dando lugar a una distinción entre "la civilización de los héroes y la civilización demetérica ginecocrática, entre los cultos olímpicos y solares y los cultos ctonico-lunares, entre el derecho paterno y el matriarcado, entre la ética aristocrática de la diferencia y la promiscuidad panteísta y orgiástica".

Guiado por esta nueva corriente de pensamiento da vida a una nueva publicación: La Torre (1930), que tendrá en Guido de Giorgio a uno de sus más fieles inspiradores". Con este nuevo paso Evola abandona definitivamente las tesis extremistas y poco meditadas de Imperialismo pagano que habían influido principalmente en la línea u orientación del Grupo de Ur. "La Torre", por el contrario, se referirá ahora al concepto de tradición y a la civilización tradicional. En el editorial del primer número se decía que "la revista quería reunir a los pocos que eran capaces de una rebelión

frente a la actual civilización, manifestando la más enérgica y firme protesta contra la omniprevalencia insolente de la tiranía económica y social y contra el naufragio de todo punto de vista superior en aquello más mezquinamente humano "El La Torre se definía como el símbolo "no de un refugio o lugar de una mayor o menor mística, sino de un puesto de resistencia, de combate y de realismo superior ".
En 1931 publica La Tradizione Ermetica, obra fundamental sobre la alquimia y de la que existe traducción española (Ed. Martinez Roca S.A).
En 1932 publica Maschera e volto dello spiritualismo contemporaneo, análisis crítico de las principales corrientes pseudo espirituales de nuestro tiempo. Existen varias versiones en castellano entre ellas la española de Edic. Alternativa.
Pese a lo que pueda creerse, el conjunto de tendencias "espiritualistas" que hoy están muy de moda "no son el síntoma de un resurgimiento sino uno de los fenómenos que atestiguan el desfallecimiento propio de una época crepuscular". Dado el peligro de materialismo imperante han surgido formas de aparente y vaga espiritualidad que en lugar de aliviar las tensiones humanas las agravan, que lejos de tender a la reunificación y firme fundamento de la personalidad la disocian y empobrecen y que, de cualquier modo, no aciertan a separarse radicalmente de la mentalidad moderna decadente. Así, el teosofismo que pretendiendo ser una vía de salida semi religiosa muy extendida Incorpora elementos claros de la mentalidad moderna como el evolucionismo, el humanitarismo e ideales de la subversión democrática; aparte de las erróneas interpretaciones sobre el karma y la teoría de la reencarnación. O el espiritismo en suma, ignorancia espiritual que toma por "espíritus" de los muertos lo que no son, entre otras cosas, más que energías vitales, residuos anímicos desprendidos al conectar el espíritu

con la vida eterna o almas en pena destinadas a perecer por no haber sabido liberarse de lo contingente. O el psicoanálisis, rebeldía de lo "inferior", de lo cenagoso, en auténtica subversión frente al principio dominador y luminoso del ser. Además de lo apuntado, Evola alude en esta obra a la antroposofía, al neo-misticismo; aborda el problema del catolicismo y un posible fortalecimiento del mismo, así como otros temas corno el satanismo, la "alta magia", el primitivismo, los obsesos y el superhombre.

Su obra principal data de 1934: Rivolta contro il mondo moderno que es simbólicamente como el centro del que como rayos de una rueda parten el resto de sus obras, particularmente las posteriores.

"A decir verdad, el título no corresponde al contenido porque no se trata de un libro polémico sino más bien de un estudio de morfología de la civilización y de filosofía de la historia. La palabra "rebelión " es sobre todo una consecuencia del libro más que su contenido propiamente dicho" .De cualquier modo, por su contenido espiritual originario, este libro, como ha señalado J. von Kempski, "supera nuestra época oscura e invita a la reconquista de un mundo y de una civilización de hombres no quebrados".

A diferencia de Spengler, este libro de Evola afirma no un pluralismo (y menos aún un relativismo) de civilizaciones, sino más bien un dualismo. Así, las civilizaciones, por encima de los tiempos, de las latitudes y de los hombres que les dan vida, pueden dividirse solamente en dos tipos: unas civilizaciones de orden descendente por anti-tradicionales, sustentadas sobre principios disolventes y otras ascendentes o tradicionales asentadas y animadas por los principios inamovibles de orden y rectitud. El libro, pues, delimitará y contrapondrá las categorías de esos dos tipos de civilizaciones, esencialmente dispares en cualquier punto de la existencia a que hagan referencia; al mismo tiempo

que expondrá los elementos y razones que motivan el paso de un tipo de civilización a otro. De este modo, el cambio de una civilización de tipo tradicional a otra de tipo anti-tradicional no se produce a causa del progreso y la evolución como se suele afirmar, sino a una auténtica "caída" o involución, ocasionada por un creciente distanciamiento del "mundo supremo", debido a las destrucciones de las conexiones reales con la trascendencia, por el predominio de lo que es puramente humano y, en fin, por lo que es material y físico Mientras que el paso de una civilización de tipo moderno o anti-tradicional hacia otra superior, tradicional, vendría como elevación de la más firme y auténtica reconquista espiritual y como consecuencia de la desaparición de las barreras del aislamiento individualista con todo lo que de caótico conlleva esencialmente consigo ese aislamiento.

Dedicado a demostrar la presencia en el seno del medioevo europeo una veta de espiritualidad conectada con la tradición primordial, escribe en 1937 Il mistero del Graal e la tradizione ghibellina dell"impero, obra publicada en castellano por Plaza y Janes.

En esencia el Graal simboliza el "centro espiritual, el principio de una fuerza trascendente e inmortal unido a un estado de plenitud primordial presente en el mismo período de la caída, de la involución o decadencia". Más allá de lo que se pudiera creer el Graal, lejos de cualquier simbolismo contemplativo, es el misterio de una iniciación guerrera, lo que de por sí da a esta leyenda, céltica en los orígenes, un carácter marcadamente occidental: "Es significativo que en todos los textos los custodios del Graal o del lugar en el cual aquél se manifiesta no sean sacerdotes sino caballeros, guerreros, además de que aquel lugar se describa no como un templo o iglesia sino como una corte o castillo".

El guerrero que tras su lucha simbólica logra abrirse

paso hacia el Graal por la vía de las armas opera en sí mismo el don de aquel centro espiritual, siendo por ello "llamado a realizar una tarea de restauración". Con esto vuelve a reactualizarse vigorosamente el principio tradicional de unidad heroica, donde se unen indisolublemente la rectitud y santidad con la pericia y la victoriosa fortaleza combativa a través del valor: el más valiente, el mejor de entre los "fuertes", el victorioso es, a su vez, el más santo y recto de todos los caballeros y viceversa.

En la segunda parte del libro, Evola alude a la influencia que la leyenda del Graal tuvo en diversas corrientes de pensamiento y acción tradicional durante la Edad Media y el Renacimiento y, concretamente, en la concepción gibelina del "Imperio" (que tenía en Dante a una de sus cabezas más significadas) "en relación a su tentativa de realizar, organizar y unificar Occidente bajo el signo de un Imperio sagrado". Su aportación al tema de la raza data de un período dilatado (1935 1943). Dedicado a un estudio concienzudo llega a superar las corrientes biológicas o materialistas que sobre raciología predominaban en su tiempo, alcanzando una alta concepción espiritual e integral sobre el tema racial. Son sus obras de estos años: Il Mito del Sangue (1937), Sintesi di dottrina della razza (1941) obra tenida en alta estima por Benito Mussolini y convertida en la obra oficial del racismo italiano y, por último Indirizzi per una educazione razziale (1941), básica obra de introducción al tema.

"El racismo escribió Evola como es conocido, había jugado desde el principio una parte de relieve en el nacionalsocialismo, así como entre ciertos estudiosos del tema bajo formas extremistas y primitivas. Mientras de un lado el racismo se asoció al antisemitismo del otro había dado lugar a tendencias paganas, siendo Alfred Rosenberg el principal exponente de tales ideas". La diferencia, pues, de este racismo con el propugnado

por Evola era, como él mismo señalara, notabilísima. Rosenberg en su célebre libro El mito del siglo XX había intentado acercarse a la tradición nórdica de los orígenes procurando una interpretación dinámica a su base racial, a varias civilizaciones y a la misma historia.

"Pero todo lo dicho en modo superficial y aproximativo y sobre todo en un conjunto adaptado a la finalidad política casi exclusivamente alemana. Faltaba, pues, a Rosenberg toda comprensión para la dimensión de la sacralidad y de la trascendencia" dando lugar por otra parte a una primitivísima polémica contra el catolicismo, la cual no se salvaba de más de veinte argumentos de base iluminista y laica.

"En cuanto al racismo alemán de Estado, se presentó como la mezcolanza de una variedad de una ideología nacionalista de fondo pangermanista e ideas de un cientifismo biológico. En orden a este último, no fue del todo injusto Trotsky cuando definió el racismo como un materialismo zoológico".

Frente a lo anteriormente dicho Evola concibe la raza "en un sentido superior, es decir, como la sustancia humana más profunda y originaria. Es evidente prosigue Evola que el concepto de la raza depende de la imagen que se posea del hombre y que tal imagen es la que define el nivel de cada doctrina de la raza". Así, como se ha dado a entender anteriormente,"todas las desviaciones acusadas en el racismo derivan en origen de una imagen del hombre de fondo materialista que adolece de cientifismo y de naturalismo. Por el contrario la conclusión básica de mi formulación expone el pensador italiano arranca de la concepción tradicional que reconoce en el hombre un ser compuesto de tres elementos: el cuerpo, el alma y el espíritu. Una teoría de la raza debía por lo dicho considerar todos y cada uno de los tres elementos, por consiguiente distinguir una raza del cuerpo, una raza del alma y una

raza del espíritu. La pureza racial aparece cuando las tres razas concuerdan, están en armonía: la una expresándose a través de la otra, aunque hoy esto no se verifica, dada la decadencia imperante, más que en rarísimos casos."
En correspondencia a las tres componentes se debería por tanto formular un racismo de primero de segundo y, de tercer grado. Y de acuerdo a la Jerarquía existente de derecho entre los componentes del hombre indicar en vía de principio la preeminencia de una raza interior, entendida como "estilo", como "modo de ser y de definirse ante todo de sí y por sí", respecto de otra exterior, solamente biológica. Lo que obligaba y obliga aún hoy a "una profunda revisión de todas las miras del racismo cientifista y materialista e incluso del dominio de la genética y de la teoría de la herencia "
De esta forma se respondía al fetichismo de la pureza racial entendida en términos exclusivamente físicos, nada significa que pueda permanecer pura en diversos tipos la raza exterior, cuando, como por ejemplo en el caso de los holandeses y escandinavos, la raza interior está gastada, apagada y descentrada.
Las ideas de Evola expuestas sobre la idea de la raza, además de suponer una importante aportación cultural y una necesaria puntualización anticipada a las presuntuosas e ignorantes declaraciones de la UNESCO sobre el terna, suponen una significativa instancia anti-igualitaria y anti-racionalista que las mismas promueven desde un punto de vista políticosocial.
Ya en 1943 publica un ensayo sobre ascesis budista: La dottrina del risveglio, cuya edición inglesa fue muy apreciada por la Páli Society, conocido e ilustre instituto académico de estudios sobre el budismo de los orígenes. Un libro de tal nivel que, entre los ambientes especializados sobre el tema se consideró al autor como a un budista o como a un especialista del budismo, lo cual, como él mismo dijera, no era exacto.

Respecto a los acontecimientos más señalados de su tiempo no permaneció ajeno. Así, el retorno a los principios heroicos por él propugnado corno una vía de salida ante la descendente trayectoria del mundo moderno pronto le llevaría a observar con simpatía el fenómeno fascista europeo: fervoroso movimiento juvenil y rebelde que aspiraba a encontrar formas superiores de vida más allá de la concepción burguesa o marxista de la existencia. Evola, sin embargo, aunque italiano, nunca llegaría a adherirse personalmente al Partido Nacional Fascista de Italia, manteniendo siempre ciertas reservas. En verdad aquel fenómeno histórico europeo, junto a virtudes positivas y verdades de valor universal más o menos latentes, portaba también elementos subversivos que sólo una cuidada labor discriminatoria podría anular, potenciando lo recto y vertical del mismo. No obstante, para Evola esto habría de ser una labor posterior a realizar después de la guerra, una vez que las águilas hubieran reposado su vuelo victorioso. Pese a los mejores intentos, los de más valor y señorío, la victoria no se alcanzó, pero Evola, de inquebrantable voluntad, inició el trabajo que ni las estrecheces ni las dificultades propias de la derrota pudieron desviar ni romper. A poner en práctica esta idea corresponden sus obras: Orientamenti (1950), once directrices básicas frente a lo confuso y desviado a que puede llegar un excesivo fervor revolucionario de escasa solidez interior; Gli uomine e le rovine (1953) desarrollo del opúsculo anterior y por último Il fascísmo con note sul terzo Reich (1970).
Asimismo su fuerte, alta, firme y positiva posición doctrinal le llevaría a lo largo de su vida a un alejamiento crítico de la propia iglesia, leve reflejo hoy de aquella vigorosa institución tradicional que fue durante la Edad Media. El mismo comportamiento de la Iglesia, cada vez más tolerante con la subversión e incorporada al mundo moderno, acentuará, respecto

de la postura tradicional mantenida por Evola, aún más ese alejamiento que se verá siempre acompañado por parte de Evola de un deseo esperanzado de rectificación que en vano esperó durante su vida.
Alternando con sus escritos y conferencias llega a conocer y trabar amistad con personalidades de su tiempo como Altheim, Clauss, Von Leers, O. Spann, el príncipe K. A. Rohan, en Bucarest conoce al por entonces menos conocido que hoy Mircea Eliade que por aquellos años treinta formaba parte del ambiente de Codreanu y había ya seguido la actividad del Grupo de Ur, al mismo tiempo que conoce también a Corneliu Codreanu de quien llegó a escribir: "Recuerdo a Corneliu Codreanu, el jefe de la Guardia de Hierro rumana, como una de las figuras más puras, rectas y nobles, más dignas y espiritualmente orientadas que yo había encontrado en los movimientos nacionales de aquel tiempo"[1]. Igualmente sus viajes por Centro Europa le llevan a tomar contacto con el Ordensburg Crössinsee, donde tiene oportunidad de dictar algunas conferencias e identificarse con aquellos jóvenes de las Schutz Staffeln: el intento más serio y auténtico de reconquista aristocrática que haya existido en los últimos siglos de la moderna Europa.
En Viena, en el año 1945, poco antes de la entrada de los aliados, fiel siempre a su lema: "no esquivar, sino buscar los peligros " (no acudía a los refugios) es víctima de un bombardeo que le ocasiona la parálisis de las extremidades inferiores.
Reiniciada su actividad con Orientamenti en 1950 es arrestado y llevado a juicio como pensador antidemocrático, en parte por haber escrito el opúsculo antes citado, por haber alentado y colaborado con la revista Imperium que llevó a cabo su primera edición y por el hecho de ser considerado el maestro de cierto sector

1 "Il mio incontro con Corneliu Codreanu, J. Evola. Revista Civiltá, n.2 2, sept oct. 1973.

juvenil inconformista con el sistema cultural imperante en el mundo moderno.
Evola, ante esto, sin regatear la altura de sus ideas con vagos intentos defensivos, llega a insinuar e incluso a señalar a la corte que si lo que se quería juzgar era la doctrina del Estado por él expuesta y mantenida debían estar también entre los acusados Platón, Metternich, Bismark, Dante..., es decir, toda una tradición cultural. En relación con este insignificante incidente Evola elabora L´Autodifesa, uno de sus escritos más breves pero al mismo tiempo fundamental para comprender su trayectoria doctrinal.
Las alusiones que Evola, a lo largo de su obra, viene haciendo a diversos aspectos de una concepción de la existencia esencialmente opuesta a la que hoy impera, no podía dejar pasar un problema como el sexo, verdadera obsesión para gran parte de nuestros contemporáneos. De ahí que en 1958 escribiera Metafisica del Sesso, su obra más importante de la segunda postguerra.
Metafísica del Sesso viene a superar, haciendo referencia a los principios tradicionales, las formas más primitivas, degradantes e incluso morbosas que existen sobre el sexo: desde las concepciones meramente antropológicas, biológicas, sociológicas, eugenésicas y psicoanalíticas, hasta aquellas que lo consideran en sus diversas comprensiones ideológicas como algo pecaminoso y demoníaco. El sexo: "la mayor fuerza mágica de la naturaleza" se reconduce, por el contrario, en esta obra a su puro y recto sentido; llevándolo a una reconciliación con el espíritu.
"En esta obra escribe Evola el término metafísica viene usado en un doble sentido. El primero es aquel corriente en filosofía, donde por metafísica se entiende generalmente la indagación de los significados últimos. El segundo es aquel casi literal, que puede referirse al dicho "lo que va más allá de lo físico"en

el presente caso en el sexo y en las experiencias del sexo".
En última instancia, el impulso del eros supone un incitar al despertar de la reintegración y de la reunificación del hombre: "es el esfuerzo de superar el estado del individuo escindido y condicionado y de establecer la unidad absoluta y primordial del ser. A tal suerte, la sustancia primaria del eros es una especial forma de gozo hiperfísico (que no excluye el autocontrol y lo incondicionado) análogo a todos los otros que el mundo antiguo consideró como posibles vías hacia una experiencia suprasensible". El sexo readquiere por tanto bajo esta visión una trascendencia muy superior a un mero instinto animalesco de reproducción, que, aunque significativo, es una de sus facetas menos importantes. Supone estar en posesión de una potencia creadora de índole interior en su más alta y suprema compulsión espiritual.
Por contrapartida, en el mundo de hoy, en su concepción escindida, profana y desacralizada de la existencia, la persona está sujeta y condenada a una comprensión del sexo limitada, que no ve más allá de la propia avidez, ansia, deseo de simple placer e instinto genesíaco, en suma sexualidad animal. Bajo la concepción moderna, el sexo, lejos de liberar se convierte en una auténtica fuerza destructiva del ser que degrada, envanece, aniquila y esclaviza.
De 1961 es la obra Cavalcare la tigre: orientaciones existenciales para una época de disolución. En este libro, el último verdaderamente de su obra, Evola pretende ayudar a los que habiendo seguido su corriente tradicional se enfrentan al mundo moderno por los caminos hostiles de la acción.
Muchos son los ingenuos que pretendiendo cambiar el signo de la actual civilización se esfuerzan por combatirla para poder transformarla en su propio seno, lo cual es esencialmente imposible. El mal, en sí mismo,

no puede transformarse en bien. Para llegar a la rectitud a conectar con formas superiores de existencia debe uno primero desprenderse de los vínculos que tenga contraídos con la realidad, en este caso decadente, que quiere combatir. A toda vinculación con lo superior es preciso que anteceda una auténtica ruptura. Esto ya de por sí es el comienzo de toda auténtica revolución interior.

Evola, sin embargo, no entenderá aquí por ruptura una simple actitud exterior. La ruptura preconizada por Evola es la propia del héroe mítico que va ganando la vida eterna permaneciendo físicamente en los "Infiernos" y luchando frente a las tendencias "infernales", dispuesto a afrontarlas sin ceder interiormente. A esto es lo que Evola llama simbólicamente "Cabalgar el tigre ".

Cavalcare la tigre es la obra de negación del mundo y de los valores existentes que devuelve a Evola a su punto de origen juvenil, cargado de un impulso profundo de salida aún cuando no siempre consciente hasta el punto cero propio del dadaísmo tal y como él mismo había interpretado y vivido: es el ciclo de la propia obra que se cierra. El libro posterior titulado L"Arco e la clava (1968) no será un nuevo libro propiamente dicho ya que recogerá por temas diversos artículos publicados en varias revistas durante su vida, Asimismo, Il cammino del cinabro que termina en 1972 no es tampoco otro nuevo libro, sino, como él mismo ha dejado escrito, una guía para caminar, entender y comprender sus obras (que a nosotros de tanta utilidad nos ha servido para esta introducción), así como el resumen de una vida consagrada a desligarse de lo contingente e individual para vincularse a lo trascendente.

Dos años después de las últimas líneas de Il cammino del cinabro, en 1974, ya en su lecho de muerte, pide que lo pongan a pie firme en la postura simbólica del

guerrero que fue durante toda su vida como sí intuyera su último instante, fiel a su norma de vida: "una única cosa se debe tener presente, mantenerse en pie ante un mundo en ruinas". Así dejaría de existir físicamente el 11 de junio. Días después de este hecho, incondicionales y fieles amigos, tras algunas vicisitudes, incineran a Julius Evola conforme a su voluntad. Posteriormente, recogidas sus cenizas, dos jóvenes montañeros escalan el monte Rosa, en el norte de Italia, y haciendo un hoyo profundo en un glaciar depositan la urna conteniendo las cenizas. Evola, hoy, incorporado al reino de lo "celeste" está presente.

Sus habitaciones del Corso Vittorio Emanuele 197 en Roma, que cuando viejo y enfermo se veían llenas de jóvenes que acudían a hacerle compañía y a escuchar su palabra, son hoy, intactas, el lugar fijo de peregrinación de los que, luchadores en este mundo hacia la conquista "del otro", quedaron y quedan vivamente impresionados por la obra del héroe, la cual, hoy, desde Italia, se ha extendido a Francia y Canadá, donde actualmente existen centros destinados a velar y difundir su pensamiento. Pronto, quizá, también España e Iberoamérica se incorporen a esta tarea necesaria en estos tiempos sujetos a la agitación y la disolución.

"Si tuviéramos que sintetizar su personalidad, diríamos de él que no es ninguna genialidad, que no es ningún "pensador a lo moderno" "El Lejos de exponer teorías propias, ha sabido hacerse eco de una realidad que va mucho más allá de su contingente y condicionada individualidad"[2]. Lejos de destacar e inventar su propio sistema filosófico al que, como otros, pudiera haberle colocado su nombre, Evola no buscará más que poner de relieve las verdades eternas de esencia metafísica. La línea maestra de su pensamiento y acción vendrá fijada por tanto, por un retorno a esos principios de

2 "La desaparición de un gran maestro: Julius Evola", Antonio Medrano. Revista CEDADE n.º 54. Sept 1974

valor universal.
De las dos grandes vías de aproximación hacia aquella realidad suprahumana: la contemplación y la acción, Evola escogerá la segunda en su versión heroica y guerrera. Evola es, pues, un Kshatriya del siglo XX, un guerrero que entiende el combate más allá del mero sentido profano, en su auténtico contenido tradicional de vía o camino simbólico de elevación y conquista espiritual hacia la reintegración de la personalidad.
El héroe, como ser simbólico, en su lucha física y frente a lo exterior no muestra más que su duro y pesaroso combate interior frente a las propias tendencias oscuras e inferiores, las cuales deben ser dominadas recta y equilibradamente para poder así alcanzar la más auténtica y elevada Patria: la del espíritu. Patria a la que sólo los Señores, esto es, los que portan victoria pueden llegar y frente a la que no pueden prevalecer "declaraciones de derechos"; deseos malsanos por la perversión, la tiranía de lo mediocre y la titánica intelectualidad moderna; o los anhelos sentimentales provistos de alas de cera, que tan solo pueden remontarse hasta los niveles donde los rayos del sol las deshacen provocando la caída de quién no debió alzar el vuelo sin la luz verdadera.
Es así tal y como Evola enseña- cómo el héroe moderno, liberado de cadenas tras su revolución interior, como hombre nuevo, puede iniciar y proseguir la lucha cual brazo armado de la idea en el minoritario ejército heroico del mundo "celeste", frente al mundo del caos y de tinieblas; como soldado del mundo de la tradición frente al mundo de la anti-tradición sin fronteras.

ISIDRO PALACIOS

NOTA A LA PRIMERA EDICION ESPAÑOLA

Julius Evola como ha escrito G. del Ninno en la introducción a la tercera edición italiana del presente folleto "extranjero en esta sociedad decadente" tras dos años y medio de su muerte se afianza y crece como uno de los más firmes guías de la juventud inconformista europea. A ella, fundamentalmente, van dirigidas estas Orientaciones que, conectando con la más vigorosa tradición, tienden a reedificar las constantes superiores de un mundo renovado y a posibilitar el surgimiento de hombres cuya norma de conducta, cuyo estilo de vida viril y heroico sea la más clara y firme enseña del mundo futuro que debe abrirse paso por encima de la ruinosa y mediocre vida existencial que depara este mundo del crepúsculo, sujeto y dominado por las fuerzas telúricas y del abismo.

Nota a la presente edición:
Los Títulos que figuran en los capítulos de "Orientaciones" no existen en el texto original. Son obra del Editor para facilitar el estudio de tan fundamental escrito

ORIENTACIONES

I

De Pie en un Mundo en Ruinas

Es inútil hacerse Ilusiones mediante la quimera de cualquier optimismo: en nuestros días nos hallamos en el final de un ciclo. Con el transcurso de los siglos, primero imperceptiblemente, después como el movimiento de una masa que se desploma, múltiples procesos han destruido en Occidente todo ordenamiento normal y legítimo de los hombres, han falseado incluso la más alta concepción del vivir, de la acción, del conocimiento y del combate. Y el movimiento de esta caída, su velocidad, su vértigo ha sido llamado "progreso". Y a este "progreso" han sido dedicados himnos con la ilusión de que esta civilización civili-

zación de materia y máquinas es la civilización por excelencia, la cual habría estado predeterminada por toda la historia anterior del mundo: finalmente, las consecuencias últimas de todo este proceso fueron tales que obligaron a algunos a despertar.

Dónde y bajo qué símbolos se intentaron organizar las fuerzas de una posible resistencia es notorio. Por un lado, una nación que desde su unificación no había conocido más que el mediocre clima del liberalismo, de la democracia y de la monarquía constitucional tuvo la osadía de recoger el símbolo de Roma como base para una nueva concepción política y para un nuevo ideal de virilidad y dignidad. En otra nación que en el Medioevo había hecho suyo el principio romano del Imperium, fuerzas análogas se despiertan para reafirmar el principio de autoridad y la primacía de todos aquellos valores que tienen sus raíces en la sangre, en la raza y, en los instintos más profundos de una estirpe. Y mientras en otras naciones europeas algunos grupos se orientan en el mismo sentido, una tercera fuerza se alinea en el mismo campo de combate: la nación de los samurai, en la que la adopción de las formas externas de la civilización moderna no había perjudicado la fidelidad a una tradición guerrera centrada en el símbolo del Imperio solar de derecho divino.

No se pretende que en estas corrientes la distinción entre lo esencial y accesorio fuese nítida, que en ellas las ideas tuvieran paralelamente una adecuada persuasión y calificación de la persona, que hubieran sido superadas varias influencias de las mismas fuerzas que se debían combatir. El proceso de purificación ideológica hubiera podido tener lugar en un segundo tiempo, una vez que hubieran sido resueltos algunos problemas políticos inmediatos e improrrogables. Pero incluso así era evidente que una concentración de fuerzas es-

taba tomando cuerpo en desafío abierto frente a la llamada civilización moderna, tanto para las democracias herederas de la revolución francesa, como para la representación del limite extremo de la degradación del hombre occidental: la civilización colectivista del Cuarto Estado, la civilización proletaria del hombre masa anónimo y sin rostro. El ritmo de velocidad se aceleró, se acentuó la tensión hasta que tuvo que llegar el choque armado de las fuerzas en pugna. Lo que prevaleció fue el poder bruto de una coalición que no retrocedió ante la alianza con los más opuestos intereses y a la más hipócrita movilización ideológica para aplastar un mundo que estaba poniéndose en pie y que intentaba afirmar su derecho. Si nuestros hombres estuvieron o no a la altura de su empresa, si fueron cometidos errores en cuanto a oportunidad, completa preparación o medida del riesgo dejamos todo esto al margen, ya que esto no perjudica al significado interno de la lucha que se produjo. Al mismo tiempo, no nos interesa que hoy la historia se vengue sobre los vencedores, que, por una justicia inmanente, las potencias democráticas, tras haberse aliado con las fuerzas de la subversión roja para llevar la guerra hasta el insensato extremismo de la rendición incondicional y la destrucción total, hoy vean volverse contra ellas a sus aliados de ayer como un peligro mucho más temible que lo que querían conjurar.

Lo único que cuenta es esto: hoy nos encontramos en medio de un mundo en ruinas. Y el problema es este: ¿existen aún hombres en pie en medio de estas ruinas? ¿Qué deben o pueden aún hacer?

II

Construcción de un Hombre Nuevo antes que el Estado

Aquí tenemos que restringir los horizontes y limitamos a lo que atañe a nuestra nación. Primeramente debemos reconocer que las destrucciones que tenemos a nuestro alrededor son más bien de carácter moral y espiritual que de naturaleza material, económica o social. No hay nada que no se pague: el destino relativamente mejor si lo comparamos con las otras naciones vencidas que la traición y la deserción nos ha deparado, tiene su contrapartida en un desfallecimiento interior, en un marasmo ideológico, en un decaimiento del carácter y de toda dignidad. Reconocer esto significa también reconocer que el problema principal, base de cualquier otro, es de carácter interno: realzarse, resurgir interiormente, tornar una forma, crear en sí mismos un orden y una rectitud. Nada ha aprendido de las lecciones del pasado reciente quien hoy se ilusiona todavía con las posibilidades de una lucha

puramente política y acercarse al poder de una u otra fórmula o sistema, si no se parte, ante todo, de una nueva calidad humana. Este es un principio que hoy más que nunca debería tener una evidencia absoluta: si un Estado tuviera un sistema político o social, que en teoría valiera como el más perfecto pero en el cual el soporte humano estuviese tarado, este Estado descendería antes o después al nivel de la sociedad más baja, mientras que, por el contrario, una raza capaz de engendrar hombres verdaderos, hombres de sentir justo y de instinto seguro, alcanzaría un alto nivel de civilización y se mantendría en pie, firme frente a las más duras y calamitosas pruebas, a pesar de que su sistema político fuera deficiente o imperfecto. Hay que tomar pues una precisa posición contra el falso "realismo político" que piensa sólo en términos de programas, de problemas de organización partidista, de recetas sociales y económicas. Todo esto es contingente, no esencial. La medida de lo que aún puede ser salvado depende, al contrario, de la existencia de hombres que vivan no para predicar fórmulas sino para ser ejemplos, no para ir al encuentro de la demagogia y del materialismo de las masas sino para despertar diferentes formas de sensibilidad y de interés. Partiendo de lo que, pese a todo, sobrevive entre las ruinas es necesario reconstruir lentamente un hombre nuevo, animado mediante un determinado espíritu y una adecuada visión de la vida, fortificado mediante la adhesión a ciertos principios. Este es el verdadero problema.

III

El Hombre Nuevo

En el sentido espiritual existe efectivamente algo que puede servir como orientación para nuestras fuerzas de resistencia y alzamiento: este algo es el espíritu legionario. Es la actitud de quien sabe elegir el camino más duro, de quien sabe combatir aun sabiendo que la batalla está materialmente perdida, de quien sabe revivir y asumir las palabras de la antigua saga: "La fidelidad es más fuerte que el fuego", saga a través de la cual se afirmó la idea tradicional que es el sentido del honor y de la vergüenza de la deshonra. No se trata de pequeñas medidas sacadas de pequeñas moralinas; esto es lo que crea una diferencia substancial, existencial entre los seres humanos, casi como entre una raza y otra distinta.

Ahora tenemos que separar este espíritu de las fórmulas ideológicas más o menos problemáticas que se esbozaron en aquel período y que algunos, hoy, er-

róneamente, transforman en lo esencial haciéndolas sus banderas. Ese espíritu debe ser aceptado en su estado puro y extenderlo de su tiempo de guerra al tiempo de paz, de esta paz sobre todo, pues no es más que una tregua y un desorden malamente contenido, hasta que se determine una discriminación y un nuevo orden de batalla. Debe realizarse en términos mucho más esenciales de los que se dan en un "partido", que puede ser sólo un instrumento contingente en previsión de determinadas luchas políticas; en términos más esenciales también que en un simple "movimiento", si por movimiento se entiende un fenómeno de masas, un fenómeno cuantitativo más que cualitativo, basado más en factores emotivos que de severa y clara adhesión a una idea. De lo que se trata es más bien de una revolución silenciosa de origen profundo que tiene que ser resultado de una creación precedente en el interior del individuo las premisas de ese nuevo orden que después tendrá que afirmarse también en el exterior del individuo aplastando fulminantemente en el justo momento las formas y las fuerzas de un mundo de decadencia y de subversión. El "estilo" que debe imperar es el de quien se mantiene sobre posiciones de fidelidad a sí mismo y a una idea, en una intensidad conjunta, de una repulsión por toda conveniencia, en un empeño total que se debe manifestar no sólo en la lucha política sino también en toda expresión de la existencia, en la oficina, en el lugar de trabajo, en la Universidad, en la calle, en la misma vida personal de los afectos y sentimientos Se tiene que llegar al punto de que el tipo humano que queremos que tiene que ser la sustancia celular de nuestras tropas de formación sea reconocido inconfundiblemente, diferenciado y pueda decirse de él: Es alguien que actúa como un hombre del Movimiento.

Esto mismo quiso hacer ayer la revolución pero varios

factores múltiples lo impidieron. Hoy, en el fondo, las condiciones son mejores porque no existen equívocos y basta mirar alrededor desde la calle hasta el Parlamento para que las vocaciones sean puestas a prueba y se obtenga claramente la medida de lo que nosotros no debemos ser. Ante un mundo podrido cuyo principio es: "Haz lo que veas hacer" o también "Primero el estómago, el pellejo y después la moral" o "estos no son tiempos en que se pueda permitir el lujo de tener un carácter" o finalmente: "Tengo una familia que alimentar", nosotros oponemos esta norma de conducta firme y clara: "Nosotros no podernos actuar de otra forma este es nuestro camino, esta es nuestra forma de ser". Todo lo que de positivo se podrá obtener hoy o mañana nunca se obtendrá mediante la habilidad de los agitadores y de los politicastros sino a través del natural prestigio y el reconocimiento por parte de los hombres ya maduros y, mejor aún, por las nuevas generaciones, lo cual se obtendrá en tanto en cuanto seamos capaces de actuar en nombre y con la garantía de la idea.

IV

El Tipo de Hombre Verdadero

Debe surgir así una nueva sustancia en sustitución de la podrida y desviada creada en el clima de la traición y de la derrota, superando los cuadros, rangos y posiciones sociales del pasado. Debemos medir nuestra fuerza y nuestra vocación ante una nueva figura. Esta figura, resulta esencial reconocerlo, no tiene nada que ver con las clases, las categorías sociales y económicas ni con las antítesis que le son relativas. Dicha figura podrá manifestarse en el papel del rico como en el del pobre, del obrero como del aristócrata, del emprendedor como del investigador, del técnico, del teólogo, del agricultor, del hombre político en su estricto sentido. Pero esta nueva sustancia tendrá una cualidad interior, la cual será perfecta cuando, de nuevo, no haya duda acerca de la vocación que hay que seguir y del sentido del mando, cuando un prístino símbolo de autoridad absoluta reine en el centro de las nuevas estructuras

jerárquicas.

Todo esto nos está señalando una dirección tanto anti-burguesa como anti-proletaria, una dirección totalmente limpia de la contaminación democrática y de las mentiras sociales y, por consiguiente, directa hacia un mundo claro, viril, articulado, hecho por hombres y por capitanes de hombres. Sentimos desprecio por el mito burgués de la "seguridad", de la mezquina vida estandarizada, conformista, domesticada y moralizada. Desprecio por el vínculo anodino propio de todo sistema colectivista y mecanicista y por todas las ideologías que confieren a los confusos valores sociales primacía sobre los valores heroicos y espirituales, por medio de los cuales se debe definir en todos los dominios el tipo del hombre verdadero, de la persona absoluta. Se conseguirá algo esencial cuando se despierte nuevamente el amor por un estilo de impersonalidad activa, en el cual seamos capaces de considerar como lo importante no a nosotros mismos, sino la función, la responsabilidad, la tarea que se acepta, el fin perseguido. Allá donde este espíritu se afirme, se simplificarán muchos problemas de orden también económico y social, los cuales quedarían sin solución si se afrontaran desde el exterior, sin la previa eliminación de la infección ideológica que ya de partida perjudica todo retorno a la normalidad e incluso la misma percepción de lo que significa normalidad.

V

Grados de un mismo mal: liberalismo, democracia, socialismo y comunismo

No sólo como orientación doctrinal sino también respecto al mundo de la acción, es importante que los hombres alineados en la nueva confrontación reconozcan con exactitud la concatenación de las causas y de los efectos y la continuidad esencial de la corriente que ha dado vida a las vanas formas políticas que hoy se debaten en el caos de los partidos. Liberalismo, después democracia, después socialismo, después radicalismo y por último, comunismo o bolchevismo no han aparecido históricamente sino como grados de un mismo mal, como estadios que prepararon sucesivamente el complejo proceso de una caída. El principio de esta caída está en el punto en el que el hombre occidental rompió los vínculos con la tradición, desconoció cada símbolo superior de la autoridad y de la soberanía, reivindicó para sí mismo como individuo una libertad

vana e ilusoria, se convirtió en un átomo en vez de parte integrante de la unidad orgánica y jerárquica de un todo. El átomo finalmente tenía que chocar contra la masa de los otros átomos, de los demás individuos y ser envuelto en medio de la emergencia del reino de la cantidad, del puro número, de la masa materializada, no teniendo otro dios que la economía soberana. Y este proceso no se detiene a mitad de camino. Sin la revolución francesa, sin el liberalismo y la revolución burguesa no se habría dado el constitucionalismo y la democracia, sin la democracia no se habría dado el socialismo y el nacionalismo demagógico, sin la preparación del socialismo no se habría producido ni el radicalismo, ni, finalmente, el comunismo. El hecho de que estas varias formas hoy se presenten una junto a otra o antagónicamente no debe impedir reconocer para un ojo avizor que esas formas se mantienen unidas, se enlazan, se condicionan recíprocamente y solamente expresan los distintos grados de una misma corriente, de una misma subversión del orden social normal y legítimo. Así la gran ilusión de nuestro tiempo es que la democracia y el liberalismo sean la antítesis del comunismo y tengan el poder de contrarrestar la marea de las fuerzas bajas, de lo que en la jerga de ciertos sindicalistas se llama el movimiento progresista. Ilusión: como quien dijese que el crepúsculo es la antítesis de la noche, que el grado incipiente de un mal sea la antítesis de ese mismo veneno en su estado puro y concentrado. Los hombres de gobierno de esta Italia liberada no han aprendido nada de la historia más reciente, cuyas lecciones se han repetido por todas partes hasta la monotonía y continúan su juego removedor con concepciones políticas caducas y vanas en un carnaval parlamentario cual danza macabra sobre un volcán latente. Pero para nosotros, en cambio, debe ser característico el coraje del radicalismo, el "no" dicho a la decadencia política en todas sus formas sea de

izquierda o desde una presunta derecha. Y sobre todo se debe ser consciente de que con la subversión no se pacta, que hacer concesiones hoy significa condenarse y ser arrollado completamente mañana. Intransigencia de la idea por tanto y rapidez en avanzar con las fuerzas puras cuando llegue el momento adecuado.

Esto implica naturalmente desembarazarse de la distorsión ideológica desdichadamente difundida también entre una parte de nuestras juventudes, por la cual se conceden coartadas para la destrucción ya ocurrida, engañándose al pensar que esas destrucciones, después de todo eran necesarias y servían al "progreso"; creen que se debe combatir por cualquier cosa "nueva", oculta en un indeterminado porvenir, en vez de por las verdades que nosotros ya poseemos, porque estas verdades, aunque bajo diversas formas de aplicación siempre y en todas partes han servido de base a todo tipo recto de organización social y política. Rechazad estos caprichos y reíd de quien os acuse de antihistóricos y reaccionarios. No existe la historia como entidad misteriosa escrita con letra mayúscula. Son los hombres, mientras estos son realmente hombres, quienes hacen y deshacen la historia; el así llamado historicismo es más o menos lo mismo que lo que en los ambientes de izquierda llaman progresismo y este sólo fomenta hoy una cosa: la pasividad frente a la corriente que aumenta y empuja siempre hacia abajo. Y en cuanto al reaccionarismo, preguntad: ¿Qué queréis, que mientras vosotros actuáis destruyendo y profanando, nosotros no reaccionemos sino que nos quedemos mirándoos y más aún, os animemos: ¡Bravo! ¡Continuad!? Nosotros no somos reaccionarios solamente porque la palabra no es suficientemente fuerte y sobretodo porque partimos de lo positivo, representamos lo positivo, a valores reales y originarios que no necesitan de ningún sol del porvenir.

Frente a nuestro radicalismo aparece irrelevante la antítesis entre el Este y el Occidente democrático y, asimismo, nos parece trágicamente irrelevante la antítesis, incluso el eventual conflicto armado entre estos dos bloques. De cara a un tiempo inmediato, subsiste ciertamente clara la elección del mal menor, porque la victoria militar del Este implicaría la destrucción física inmediata de los últimos exponentes de la resistencia. Pero en un plano ideal la URSS y los Estados Unidos de América deben considerarse como las dos garras de una misma tenaza que se va apretando alrededor de Europa. De dos formas distintas pero convergentes actúan esas fuerzas extrañas y enemigas. Las formas de estandarización, de conformismo, de nivelación democrática, de frenesí productivo, de más o menos prepotente y explícito "brains trust", de materialismo común en el americanismo pueden servir sólo para allanar el camino para la fase ulterior, que está representada, sobre la misma dirección, en el ideal puramente comunista del hombre masa. El carácter distintivo del "americanismo" es que su ataque a la calidad y la personalidad no se realiza mediante una brutal coacción de una dictadura proletaria y de un pensamiento de Estado, sino casi espontáneamente a través de las vías de una civilización que no conoce otros valores más altos que la riqueza, rendimiento, producción ilimitada, que es lo que por exasperación y reducción al absurdo Europa eligió y los mismos motivos han tomado forma o la están tomando. Pero primitivismo, mecanicismo y brutalidad están presentes tanto en una como en otra parte. En un cierto sentido el americanismo para nosotros es más peligroso que el bolchevismo: por ser una especie de caballo de Troya. Cuando el ataque contra los valores residuales de la tradición europea se efectúa en la forma directa o desnuda propia de la ideología bolchevique y del estalin-

ismo se desencadena una reacción, ciertas líneas de resistencia que, aunque caducas, se pueden sostener. De otro modo suceden las cosas cuando el mismo mal actúa en forma más sutil y las transformaciones acontecen imperceptiblemente en el plano de las costumbres y de la visión general de la vida, como sucede en el caso del americanismo. Sufriendo ligeramente esta influencia bajo el signo de la libertad democrática, Europa se predispone ya a su última abdicación, tanto que podrá incluso suceder que no haya necesidad de una catástrofe militar sino que por vía progresiva se llegue, tras una última crisis social, más o menos al mismo punto. De nuevo, en la mitad del camino no se para. El americanismo, lo quiera o no, trabaja a favor de su aparente enemigo, el colectivismo.

VI

La aberración económica Vs. la Idea Jerárquica Integral

En relación con esto, nuestro radicalismo de la reconstrucción exige que no se transija no sólo con ninguna de las variedades de la ideología marxista o socialista sino tampoco con aquello que en general se puede llamar la "alucinación" o el "demonio de la economía". Se trata aquí de la idea de que en la vida individual y colectiva el factor económico sea lo más importante, real, decisivo, que la concentración de los valores e intereses en el plano económico y productivo no sea la aberración sin precedentes del hombre occidental moderno sino algo normal, no una brutal y eventual necesidad sino algo que se desea y exalta. En este círculo cerrado y oscuro se encuentran encerrados tanto el capitalismo como el marxismo Nosotros debemos romper ese círculo. Mientras no se sepa hablar más que de clases económicas, de trabajo, de salarios, de

producción, mientras se piense que el verdadero progreso humano, la verdadera elevación del individuo esté solamente condicionado por un particular sistema de distribución de la riqueza y de los bienes y tenga relación con la pobreza y el bienestar, con el estado de la prosperity USA o con el socialismo utópico, nos quedamos siempre en el mismo plano de lo que combatimos. Nosotros afirmamos que todo aquello que es economía e interés económico como mera satisfacción de la necesidad animal ha tenido, tiene y siempre tendrá una función subordinada en una humanidad normal; que más allá de esta esfera debe diferenciarse un orden de valores superiores, políticos, espirituales y heroicos, un orden que como ya hemos dicho, no conoce y ni siquiera admite proletarios o capitalistas y sólo en función del cual se deben definir aquellas cosas por las que vale la pena vivir y morir y que debe establecerse una verdadera jerarquía, diferenciándose nuevas dignidades y entronizándose en la cumbre la superior función del mando, de Imperium.

Así, a este respecto van a desarraigarse muchas malas hierbas que han crecido también en nuestras filas. ¿Qué significa, si no, ese hablar de Estado del Trabajo, de socialismo nacional, de humanismo del trabajo y similares? ¿Qué significan esas instancias más o menos declaradas para englobar la política dentro de la economía, recogiendo casi una de esas tendencias problemáticas hacia un corporativismo integral y, en el fondo, acéfalo que en el fascismo ya encontró afortunadamente, el paso cerrado? ¿Qué es eso de considerar la fórmula de la socialización como una especie de fármaco universal y eso de elevar la "idea social" a símbolo de una nueva civilización que, quien sabe cómo, debería estar más allá de Oriente y de Occidente?

Estos es necesario reconocerlo son puntos oscuros presentes en no pocos espíritus que también se encuentran en nuestro mismo frente. Con ellos piensan que se mantienen fieles a una consigna "revolucionaria" mientras obedecen sólo a sugestiones más fuertes que ellos mismos, de las que está saturado el ambiente político degradado. Y entre tales sugestiones se encuentra la misma cuestión social. ¿Cuando nos daremos finalmente cuenta de la realidad, o sea, de que el marxismo no ha surgido porque haya existido una cuestión social objetiva, sino que la cuestión social surge en numerosísimos casos sólo porque existe un marxismo, por obra de los agitadores, de los famosos excitadores de la conciencia de clase sobre los que Lenin se ha expresado muy claramente puesto que ha refutado el carácter espontáneo de los movimientos revolucionarios proletarios?

Partiendo de esta premisa se debería actuar en el sentido antedicho de la desproletarización ideológica, de la desinfección de las partes aún sanas del pueblo del virus político socialista. Sólo entonces una y otra reforma podrá ser estudiada y realizada sin peligro, según la verdadera justicia.

De este modo, como caso particular, se verá según que espíritu la idea corporativa puede ser de nuevo una de las bases de la reconstrucción: corporativismo no tanto como un sistema general de composición estatal y casi burocrática que mantenga la idea nociva de opuestas formaciones clasistas, sino como exigencia de que el mismo interior de la empresa reconstruya esa unidad, esa solidaridad de fuerzas diferenciadas que la prevaricación capitalista (con el tipo parasitario del especulador y del capitalista financiero) por un lado, y la agitación marxista por otro han atacado y partido. Es necesario restituir a la empresa una forma de uni-

dad casi militar en la cual al espíritu de responsabilidad, a la energía y a la competencia de quien dirige se acompañe la solidaridad y la fidelidad de las fuerzas laborales asociadas alrededor de él en la común empresa o misión. Entendido en su aspecto positivo y legítimo, éste es el sentido de la misma socialización: designación, por lo tanto, poco adecuada puesto que se trata más bien de una reconstrucción orgánica de la economía en la empresa de lo que se debería hablar, mientras deberíamos evitar el uso de esta fórmula con objetivo puramente propagandístico, de estimular el espíritu de sedición de las masas disfrazado de justicia social proletaria. En general, debería recuperarse el mismo estilo de impersonalidad activa, de dignidad, de solidaridad en la producción, como fue el estilo propio de las antiguas corporaciones o gremios de artesanos y profesionales. Pero repitámoslo, a ésto se debe llegar partiendo desde el interior. Lo importante es que contra toda forma de resentimiento y de rivalidad social cada uno sepa reconocer y amar su propio puesto, que verdaderamente está conforme a la propia naturaleza, reconociendo así los limites dentro de los cuales puede desarrollar sus posibilidades y conseguir una propia perfección; porque un artesano que desempeña perfectamente su función es indudablemente superior a un rey que se desvíe y no esté a la altura de su dignidad.

En particular, podemos admitir un sistema de competencias técnicas y de representaciones corporativas para sustituir al parlamentarismo de los partidos, pero debe tenerse presente que las jerarquías técnicas en su conjunto, no pueden significar nada más que un grado en la jerarquía integral: aquellas se refieren al orden de los medios, que han de subordinarse al orden de los fines, al cual corresponde la parte propiamente política y espiritual del Estado. Hablar pues de un Estado del

Trabajo o de la producción equivale a hacer de la parte un todo, equivale a reducir un organismo humano a sus funciones simplemente físico vitales. Tal idea, oscura y obtusa, no puede ser nuestra bandera ni tampoco la misma idea social, La antítesis verdadera tanto frente a Occidente como a Oriente no es el "ideal social". Lo es, en cambio, "la idea jerárquica integral". Respecto a esto no se puede tolerar duda alguna.

VII

Estado Orgánico e Imperium Vs. Totalitarismo

Si la idea de una unidad política viril y orgánica es parte esencial del mundo que fue trastocado evocando nosotros de ese mundo el símbolo romano debemos también reconocer los casos en los cuales esta exigencia se desvió y abortó hacia la dirección equívoca del "totalitarismo". Esto, de nuevo, es un punto que se debe precisar con claridad a fin de que la diferencia entre los frentes sea nítida y para que no se suministren armas a quienes quieren confundir las cosas. Jerarquía no es jerarquismo (un mal este que desgraciadamente intenta pulular en tono menor) y la concepción orgánica nada tiene que ver con la esclerosis estatolátrica y la centralización niveladora. En cuanto a los individuos, la verdadera superación, sea tanto del individualismo como del colectivismo, se da solamente cuando los hombres se encuentran frente a los hombres, en la

diversidad natural de su ser y de su dignidad, teniendo gran importancia el antiguo dicho de que "la suprema nobleza de los jefes no es la de ser amos de siervos, sino señores que aman la libertad también de quienes les obedecen ". Y en cuanto a la unidad que debe impedir cualquier forma de desunión o disociación y de absolutización de lo particular ha de ser esencialmente espiritual, debe ser y tener una influencia central orientadora, un impulso que, asuma diferentes formas de expresión según los diversos dominios. Esta es la verdadera esencia de la concepción orgánica, opuesta a las relaciones rígidas e intrínsecas del totalitarismo. En este aspecto la exigencia de libertad y de dignidad del ser humano, que el liberalismo concibe solamente en términos individualistas, igualitarios y privados, puede realizarse íntegramente. El nuevo alineamiento se realizará según éste espíritu, conforme al cual van a ser estudiadas las estructuras de un nuevo ordenamiento político social para permitir unas articulaciones claras y firmes.

Pero estas estructuras necesitan un centro, un punto supremo de referencia. Es necesario un nuevo símbolo de soberanía y de absoluta autoridad. La consigna a este respecto tiene que ser precisa, puesto que no podemos admitir tergiversaciones ideológicas. Se debe afirmar claramente que aquí no se trata precisamente del así llamado, problema institucional: se trata de aquello que es necesario para lograr un clima específico que haga posible el fluido que debe animar toda relación de fidelidad, de dedicación, de servicio, de acción desinteresada hasta el punto de superar al gris, mecanicista y torcido mundo político actual. Hoy por este camino se acabará en un callejón sin salida si no se es capaz de asumir una especie de ascesis de la idea pura. Para muchos de los nuestros, resulta enturbiada la percepción de la dirección justa tanto por algunos

antecedentes poco felices de nuestras tradiciones nacionales como por las trágicas contingencias de ayer. Podemos también declarar la incompatibilidad con la dirección monárquica, cuando vemos que quienes la defienden sólo defienden el residuo de una idea, un símbolo vacío y desvirilizado, cual es el de la monarquía constitucional y parlamentaria. Pero del mismo modo debemos declarar nuestra incompatibilidad con la idea republicana. Ser anti-demócrata por un lado, y por otro defender "ferozmente" (esta es desgraciadamente la terminología de algunos exponentes de la falsa intransigencia) la idea republicana es un absurdo tangible: la república (en su representación actual, pues las repúblicas antiguas fueron obra de la aristocracia Roma o de la oligarquía, estas a menudo con carácter de tiranías) pertenece esencialmente al mundo surgido a través del jacobinismo y de la subversión anti-tradicional y anti-jerárquica del siglo XIX. Y se debe dejar a ese mundo lo que no es del nuestro. No se vaya a jugar al equívoco en nombre de una presunta fidelidad al fascismo de Saló, porque si por esta razón se debiera seguir la falsa vía republicana, en este mismo punto se sería infiel a algo superior, se tiraría por la borda el núcleo central de la ideología fascista, es decir, su doctrina de Estado en función de autoridad de poder, de Imperium.

Esta es la doctrina que se debe seguir, sin consentir en bajar de nivel ni hacer el juego a ningún grupo. La concretización del símbolo, por ahora, la dejamos indeterminada, Digamos sólo: Jefe, jefe del Estado. Aparte de esto, el deber principal y esencial es preparar silenciosamente el ambiente espiritual adecuado para que el símbolo de la autoridad intangible sea sentido y readquiera su pleno significado, Símbolo y sentido que no pueden corresponder a cualquier revocable presidente de república, ni siquiera un tribuno o jefe

popular, detentador de un simple poder individual informe, sin otra confirmación superior que el precario prestigio que le dan las fuerzas irracionales de la masa. Esto es a lo que alguien ha llamado "bonapartismo", cuyo justo significado no es antitético a la democracia demagógica o "popular", sino su lógica conclusión: el "bonapartismo" es una de las oscuras apariciones del spengleriano "ocaso de Occidente". Esta es otra piedra de toque para los nuestros: la sensibilidad respecto a todo esto. Ya un Carlyle había hablado "del mundo de los siervos que quieren ser gobernados por un pseudohéroe, no por un Señor".

VIII

Idea, Orden, Elite y Estado, por sobre Nación y Pueblo

En un orden de ideas análogo debe precisarse otro punto. Se trata de la posición que se debe tomar frente al nacionalismo o la idea genérica de patria. Esto es especialmente oportuno en cuanto que hoy, muchos, intentando salvar aún lo salvable, querrían hacer valer otra vez una concepción romántica, sentimental y al mismo tiempo naturalística de la nación, con una noción extraña a la más alta tradición política europea y poco conciliable con la misma idea de Estado de la que ya se ha hablado. Prácticamente, como en estos tiempos, cuando es necesaria la formación de grandes frentes internacionales definidos por una idea, no se puede entender que se pueda insistir en la fórmula de una piadosa "pacificación nacional" o solidaridad de los hijos de una tierra común", cuando hemos visto como la idea de patria ha podido ser invocada por los

nuestros retóricamente e, hipócritamente, por los bandos más opuestos y también por quienes están a sueldo de la subversión roja. Pero más esencial es la cuestión del principio. El plano político en cuanto tal es el de la unidad superior respecto a las unidades definidas en términos naturalistas como son aquellas que se corresponden a las nociones genéricas de nación, patria, pueblo. En este superior plano lo que une y desune es la idea, una idea llevada por una determinada "elite" y tendente a concretarse en el Estado. Por esto la doctrina fascista que sobre esto permaneció fiel a la mejor tradición política europea dando a la Idea y al Estado la primacía respecto a nación y pueblo y entendiendo nación y pueblo sólo dentro del Estado, consigue que la nación y el pueblo adquieran un significado, una forma y participen en un nivel superior de existencia. Justamente en períodos de crisis como el actual es necesario mantenerse firmes en esta doctrina. En la Idea se reconoce nuestra verdadera patria. No es el pertenecer a una misma tierra o el hablar una misma lengua lo que hoy importa sino el creer en una misma idea. Esta es la base, el punto de partida. A la unidad colectiva de la nación, les enfants de la patrie, como siempre ha predominado desde la revolución jacobina en adelante, oponemos algo cual es una Orden, hombres fieles a principios, testimonios de una autoridad superior y legitimidad procedente exactamente de la Idea. Por cuanto se refiere a los fines prácticos, hoy sería auspiciable tender hacia una nueva solidaridad nacional siempre que para alcanzarla no se descienda a compromisos; el presupuesto, sin el cual todo resultado sería ilusorio, es aislarse y dar forma a un frente definitivo de la Idea como idea política y visión de la vida. No existe hoy en día otro camino: es necesario que entre las ruinas se renueve el proceso desde el origen, lo que en función de elites y de un símbolo de soberanía o de autoridad hizo unirse los pueblos

dentro de los grandes estados tradicionales, como formas que organizan lo informe. No se debe entender que este realismo de la idea significa mantenerse en un plano, en el fondo, subpolítico: plano del naturalismo y del sentimentalismo y más aún, el de la retórica patriotera.

En el momento de apoyar nuestra idea también hay que tener cuidado con las tradiciones nacionales: porque existe toda una "historia patria" de inspiración masónica y antitradicional especializada en atribuir carácter nacional italiano a los aspectos más problemáticos de la historia de Italia: Empezando por la rebelión de las Comunas apoyadas por el güelfismo. Así, toma relieve una italianidad tendenciosa en la cuál, nosotros que hemos elegido el símbolo romano, no podemos ni queremos reconocernos. Esa italianidad se la dejamos, con mucho gusto, voluntariamente a quienes con la "liberación y el "partisanismo" han celebrado el secondo Risorgimiento.

Idea, Orden, Elite, Estado, Hombres de Orden, estas son las líneas que debemos mantener mientras sea posible.

IX

Cultura libre
Vs.
Metafísica como Vivencia Interior

Algo debemos decir acerca de la cultura, aunque no demasiado, no vayamos a sobrevalorarla. Lo que nosotros llamamos "visión del mundo" no se basa sobre libros; es una forma interior que puede encontrarse con más autenticidad en una persona sin una particular cultura que en un intelectual o en un escritor. Se puede adscribir como hecho nefasto de la "cultura libre", al alcance de todo el mundo, que el individuo esté indefenso frente a influjos de todo género, cuando es evidente que no puede actuar frente a tales influjos ni es capaz de saber discriminar ni juzgar según un criterio recto.

Pero estos razonamientos no deben servir únicamente para señalar que, tal como están actualmente las cosas, existen corrientes específicas de las que los jóvenes de

hoy que quieren unirse a nosotros deben defenderse interiormente. Al principio hemos hablado de un estilo de rectitud y de una actitud interna. Este estilo implica un justo saber y en especial los jóvenes tienen que darse cuenta de la intoxicación operada en toda una generación por parte de una orquestada y varia visión del mundo distorsionada y falsa, la cual ha incidido en las fuerzas internas precisamente en el punto donde su integridad sería más necesaria. De una forma u otra estos tóxicos continúan actuando hoy en la cultura, en la ciencia, en la sociología, en la literatura, como tantos otros focos de infección que deben ser denunciados y atacados. Aparte del materialismo histórico y el economicismo, sobre los cuales ya se ha hablado, también son tóxicos el darwinismo, el psicoanálisis, el existencialismo y el neo realismo.

Contra el darwinismo se debe reivindicar la fundamental dignidad de la persona humana reconociendo su verdadero lugar, que no es el de una especie animal particular más o menos evolucionada entre tantas otras, diferenciada por una "selección natural" y siempre ligada a orígenes bestiales y primitivos, sino que a la dignidad humana hay que elevarla más allá del plano biológico. Aunque hoy no se hable mucho del darwinismo, su sustancia todavía permanece. El mito biológico darwiniano en una u otra variante, en el materialismo, tanto de la civilización marxista como de la americana posee un valor de dogma defendido por los anatemas de la "ciencia". El hombre moderno se ha acostumbrado a esta concepción degradante y se reconoce en ella tranquilamente, la encuentra natural.

Frente al psicoanálisis debe prevalecer el ideal de un Yo que no abdica, que intenta continuar consciente, autónomo y soberano frente a la parte nocturna y subterránea de su alma y frente al demonio de la sexu-

alidad; que no se siente ni "reprimido" ni psicológicamente escindido, sino que realiza un equilibrio de todas sus facultades humanas ordenadas hacia la realización de un significado superior del vivir y del actuar. Puede señalarse una convergencia evidente: La desautorización del principio consciente de la persona, el relieve dado al subconsciente, a lo irracional, al "inconsciente colectivo" y símiles del psicoanálisis y otras escuelas análogas, corresponden en el individuo exactamente a lo que la emergencia, el movimiento desde lo bajo, la subversión, la sustitución revolucionaria de lo superior por lo inferior y el desprecio por todo principio de autoridad representan en el mundo social e histórico moderno. Sobre dos planos diversos actúa la misma tendencia y los efectos no pueden sino integrarse recíprocamente.

En cuanto al existencialismo hay que distinguir aquello que es propiamente filosofía una confusa filosofía hasta ayer reducida a un pequeño grupo de especialistas, y es necesario reconocer el estado de ánimo de una crisis convertida en sistema y adulada, la verdad de un tipo humano roto y contradictorio que sufre como angustia, tragedia y absurdo una libertad por la cual no se siente elevado sino más bien condenado, sin salida y sin responsabilidad, a un mundo privado de valores y de significado. Y todo esto cuando ya un Nieztsche había iniciado un camino para conquistar un sentido de la existencia también frente al más exasperado nihilismo, un camino para quien, más allá de estas complicaciones y laceramientos, sabe darse a sí mismo una ley y un valor absoluto.

Finalmente, se deben tomar posiciones contra el denominado neorrealismo, en el cual se identifica la existencia en general con sus grados más bajos e irracionales, complaciéndose en una especie de autosadismo.

Y en esto hay quien siente una especial "liberación": afín verdaderamente a esa política que se resuelve no en una elevación sino en una postración y degradación general. Contra esto se debe tener presente que la verdadera realidad de la existencia está allá donde ésta esté subordinada a un algo que vaya más allá, dejando atrás por la voluntad de un "más" aquello que está vinculado a lo meramente humano.

Estas deben ser las líneas de superación que no debemos realizar intelectual y dialecticamente sino vivencialmente en su directo significado a través de una vida interior y en la propia conducta. No es posible alzarse de nuevo mientras se esté bajo la influencia de formas de pensar falsas y desviadas. Desintoxicados podremos conseguir claridad, rectitud, fuerza.

X

Superación del espíritu burgues por una concepción Heroica y Aristocrática de la existencia.

Deberemos igualmente indicar un posicionamiento en el espacio situado entre la cultura y la costumbre. El comunismo ha lanzado la consigna de la antiburguesía que ha sido recogida en el campo de la cultura y en ciertos ambientes intelectuales de vanguardia. En esto hay un equívoco. Dado que la burguesía ocupa una posición intermedia, existe una doble posibilidad de decir no al tipo burgués, a la civilización burguesa, al espíritu y a los valores burgueses, en fin, una doble posibilidad de superar a la burguesía. Una de estas posibilidades corresponde a la que conduce todavía más abajo, hacia una subhumanidad colectivizada y materializada con su realismo marxista: valores sociales y proletarios contra la decadencia burguesa e imperialista. La otra posibilidad es la dirección de quien combate a la burguesía para elevarse efectivamente por encima de ella. Los hombres del nuevo frente serán

antiburgueses, pero por el camino antedicho de superior concepción, heroica y aristocrática, de la existencia; serán antiburgueses porque desdeñan la vida cómoda; antiburgueses porque seguirán no a quienes prometen ventajas materiales sino quienes exigen todo de ellos mismos; antiburgueses, en fin, porque no tienen la preocupación de la seguridad sino que aman la unión esencial entre la vida y el riesgo a todos los niveles, haciendo suya la inexorabilidad de la idea desnuda y de la acción precisa. Otro aspecto por el cual el hombre nuevo, sustancia celular del movimiento que despierta, será antiburgués y se diferenciará de la generación precedente será por su intolerancia para toda forma retórica y de falso idealismo, ante todas aquellas grandes palabras que se escriben con letra mayúscula ante todo aquello que es sólo gesto, golpe de efecto, escenografía. Esencialidad, autenticidad, en cambio conformarán el nuevo realismo capaz de medirse exactamente con los problemas que se impondrán en el hacer, de tal forma que lo que cuente no sea el aparentar sino más bien el ser, no el hablar sino el realizar de modo silencioso y exacto, en sintonía con las fuerzas afines y en adhesión al mandato que viene de lo alto.

Quien contra las fuerzas de izquierda sólo sabe reaccionar en nombre de ídolos, del estilo de vida conformista del mundo burgués ya ha perdido por anticipado la batalla. No es éste el caso del hombre de nuestra revolución, que se yergue tras atravesar el fuego purificador de las destrucciones externas e internas. Este hombre, de la misma forma que políticamente no es el instrumento de una pseudo reacción burguesa, recupera las fuerzas e ideales anteriores y superiores tanto al mundo burgués como a la era economicista, creando con ellos líneas de defensa que consolidarán las posiciones desde donde, en el momento oportuno, relampagueará la acción de la reconstrucción.

Con esto pretendemos también reemprender la consecución de un objetivo no cumplido: Durante el período fascista existió una pulsión antiburguesa que buscó expresarse en el mismo sentido. Desgraciadamente tampoco aquí la sustancia humana estuvo a la altura de las circunstancias. E incluso se supo hacer retórica de la anti retórica.

XI

Estado ni laico ni clerical

Consideraremos brevemente, por último, el punto de las relaciones entre las fuerzas no rotas, íntegras y la religión dominante. Para nosotros el estado laico en cualquiera de sus formas pertenece al pasado. En particular, nos oponemos al disfraz del estado laico, el llamado en ciertos ambientes "Estado ético" producto de una débil, espúrea, vacía filosofía "idealista" ya agregada al fascismo pero que por su naturaleza posee el mismo valor como aval que el juego "dialéctico" de cubiletes de dados o que el antifascismo de un Croce. Dicha filosofía tal no es más que un producto de la burguesía laicista y humanista, unida a la inflada presunción del "librepensamiento" de un director de liceo conjugada al acto de celebrar la infinidad del "Espíritu absoluto" y del "Acto Puro": nada hay en esta filosofía de real, de claro, de firme.

Pero si nos oponemos a tales ideologías y al Estado laico, tampoco aceptamos un Estado clerical o clericalista. El factor religioso es necesario como fondo para una verdadera concepción heroica de la vida, lo que debe ser esencial para nuestra lucha. Es necesario sentir en nosotros mismos la evidencia de que más allá de esta vida terrestre existe una vida más alta, ya que solamente quien siente de este modo posee una fuerza irrompible e indoblegable, sólo él será capaz de un lanzamiento absoluto, mientras que cuando esto falta, el desafío a la muerte y al poder despreciar la propia vida es posible sólo en momentos esporádicos de exaltación o en el desencadenamiento de las fuerzas irracionales: tampoco puede existir una disciplina que se pueda justificar para el individuo con un significado superior y absoluto, autónomo. Pero esta espiritualidad que debe estar viva entre nosotros, no tiene necesidad de formulaciones dogmáticas obligadas, el estilo de vida que puede desarrollarse no es el del moralismo católico, el cual no va más allá de un amansamiento virtual del animal humano; políticamente, esta espiritualidad no siente sino desconfianza hacia todo lo que se puede deducir de ciertos aspectos del cristianismo, tales como el humanitarismo, iusnaturalismo, igualdad, ideal del amor y pèrdón, frente a honor y justicia. Si el catolicismo fuera capaz de apartarse del plano contingente y político, si fuese capaz de hacer suya una elevación ascética sobre esta base, casi como continuación del espíritu del mejor Medioevo de los cruzados, si fuera capaz de hacer que la fe fuese el alma de un bloque armado de fuerzas, como si se tratara de una nueva Orden del Temple compacta e inexorable contra las corrientes del Caos, del abandono, de la subversión y del materialismo práctico del mundo moderno, ciertamente en ese caso no cabría un instante de duda sobre nuestra opción. Pero tal como están las cosas,

es decir, dado el nivel mediocre y, en el fondo, burgués y mezquino a que ha descendido hoy prácticamente todo lo que es religión, para nuestros hombres podrá bastar la pura referencia al espíritu como la evidencia de una realidad trascendente que se debe invocar no por evasión mística o como coartada humanitaria, sino para infundir fuerza a nuestra fuerza, para presentir que nuestra lucha no es sólo una lucha política, para atraer una invisible consagración sobre un nuevo mundo de hombres y de jefes de hombres.

CONCLUSIÓN

Estas son algunas orientaciones esenciales para la lucha en la que se va a combatir, sobre todo con especial atención para la juventud, para que ésta recoja la antorcha y la consigna de quien aún no ha caído, aprendiendo de los errores del pasado, sabiendo discriminar y volver a ver todo lo que de contingente han experimentado y experimentan el ayer y el hoy. Es esencial no descender al nivel de los adversarios, no reducirse a agitar simples consignas, no insistir en demasía sobre lo que del ayer que, aún siendo digno de ser recordado, no tenga valor actual e impersonal de idea fuerza, no ceder a las sugestiones del falso realismo politiquero, tara de todo "partido". Es también necesario que nuestras fuerzas actúen en la lucha cuerpo a cuerpo política y polémica para crearse todo el espacio posible en la situación actual. Por otra parte, es importante, es esencial, que se constituya una elite, la cual, con aguerrida intensidad, defina con rigor intelectual y una intransigencia absoluta la idea en fun-

ción de la cual se debe estar unidos y afirmar esta idea sobre todo en la forma del hombre nuevo, del hombre de la resistencia, del hombre erguido entre las ruinas. Si es posible rebasar este período de crisis y de orden ilusorio, aparente, el futuro sólo pertenecerá a este tipo de hombres. Pero si el destino que el mundo moderno se ha forjado, y que ahora lo arrolla todo, no pudiese ser contenido, deberán mantenerse las posiciones internas: sean cuales fueren las circunstancias exteriores, lo que pueda ser hecho se hará y perteneceremos entonces a aquella patria que ningún enemigo podrá nunca ocupar ni destruir.

IMPERIALISMO PAGANO [3]

I- La decadencia de la idea **política** *y el* **cristianismo**

Aquel que hoy en día vuelve a evocar en el mito de Roma el ideal del Imperio, debe darse cuenta de la fundamental irreductibilidad de un tal ideal no tan sólo como idea política, sino respecto de la cultura de la totalidad del Occidente moderno. Debe con ojo frío y ánimo decidido, medir muy bien todo lo que es necesario **querer**, así como lo que hay que ser capaz de **osar**, a fin de que tal idea **sea**.

Así como un cuerpo no es vida y organismo, sino un mero **compuesto** material incapaz de mantenerse firme en el juego de las diferentes fuerzas, si no lo impregna y domina la unidad superior de un **alma**, del mismo modo la primera condición del imperio es

3 - Publicado en Vita Nova, Noviembre de 1927. Publicado en castellano en *"La Superación del Romanticismo"*, Ediciones Heracles, Argentina, 2006.. Traducción de Marcos Ghio, Centro de Estudios Evolianos de Argentina

una **síntesis inescindible de espiritualidad y de politicidad**: es la presencia efectiva de una jerarquía de valores meta-económicos y meta-prácticos que condicione y domine, como un medio respecto de un fin, todo aquello que es económico y práctico: es una diferenciación absoluta entre los individuos -entre sus vidas, sus verdades, sus valores y sus poderes- por lo cual en algunos seres se convierta en irrebatible alguna cosa que los distancia de las multitudes, así como la cualidad de un alma que es señora respecto de sí misma se distancia de la materia del cuerpo, del cual ella es el acto.

En la sociedad occidental, de todo esto ya no existe prácticamente rastro alguno. La realidad política se va transformando paulatinamente en una realidad económica, administrativa, policial. A la diferenciación se le ha sustituido la nivelación, a la personalidad, la socialidad y su ley impersonal: a la cualidad, el número, la materia, el oro, la máquina: al guerrero, el soldado. Los valores heroicos y de sabiduría, por los que castas de jefes y de vates se erguían soberbios más allá de las muchedumbres de los siervos y de los mercaderes, se han gradualmente apagado, y a ellos se les ha suplantado la contaminación de quienes "creen" y "rezan", de aquellos que se agitan y todo lo manchan con sentimentalismo, humanitarismo, moralismo y retórica. En modo tal que hoy en día quien habla de imperialismo no habla sino de una ironía: habla de una realidad puramente económica, industrial, militarista, por lo tanto esencialmente burguesa e inorgánica, que no tiene nada que ver con la naturaleza sagrada, solar, poderosa y viviente de los imperios que los antiguos conocieron.

En pocos casos la historia muestra un rebajamiento semejante de la idea política, como lo que acontece hoy en día en el Occidente. **Y aquel que busca descubrir en lo profundo las raíces de semejante re-**

bajamiento, y removerlas, se encuentra forzosamente ante el cristianismo.

La ola oscura y bárbara, "enemiga de sí y del mundo" (Celso), que en la frenética subversión de toda jerarquía, en la exaltación de los débiles, de los desheredados, de los sin nacimiento y de los sin tradiciones, en el rencor profundo hacia todo lo que es fuerza, suficiencia, sabiduría, aristocracia, en el fanatismo intransigente y proselitista proveniente de la plaga exótica y asiática de Palestina fue veneno para la grandeza de Roma, es la causa mayor del ocaso político y espiritual del Occidente.

Pero atención: el cristianismo no es aquello que, a la manera de un muñón truncado por el impulso más profundo, subsiste hoy en día cual religión cristiana. El mismo fue aquello que, luego de haber disgregado el Imperio, pasó con la Reforma a corromper la raza de los rubios bárbaros germanos para luego insertarse en una médula aun más esencial: el cristianismo hoy se encuentra en acto en el liberalismo y en el democratismo europeo y en todos los otros bellos frutos de la revolución francesa, hasta el anarquismo y el bolchevismo: el cristianismo hoy en día se encuentra en acto en la estructura misma de la sociedad moderna del tipo anglosajón así como en la ciencia, en el derecho, en la ilusión de potencia otorgada por la tecnología. En todo ello se confirma por igual la voluntad niveladora, la voluntad del número, el odio hacia la jerarquía, la cualidad y la diferencia, así como el vínculo colectivo, impersonal, hecho de mutua insuficiencia, miedo y prudencia, que el cristianismo alimentó en una raza de esclavos en rebeldía.

Con el trascendentalismo de sus valores, que se justifican todos en la espera del "Reino" que "no es de esta tierra", el cristianismo infringió la síntesis armoniosa entre espiritualidad y politicidad, entre realeza y sacerdocio que Roma. Egipto. Persia, el Oriente antig-

uo conocieron. Y la materialización actual de la idea política no es sino una extrema consecuencia de esta antítesis y de esta escisión contenidas en la esencia misma del cristianismo primitivo.
Los **presupuestos fundamentales -trascendentalistas, dualistas, igualitarios, humanitaristas, de renuncia- del cristianismo evangélico chocan con vehemencia contra la primera de las condiciones para el imperio.** Por lo cual quien dice imperio no puede hacerlo si simultáneamente a ello no dice también en forma decidida: **anticristianismo, paganismo.**

II. El compromiso católico

Es algo evidente que tomada en sí misma, en su sutil bolchevismo y en su indiferencia hacia cualquier esmero mundano, la predicación de Jesús podía conducir hacia una sola cosa: convertir en imposible no sólo al Estado, sino a la misma sociedad. Pero, al venir a menos de lo que era el resorte animador de esta predicación, el advenimiento declarado inminente del "Reino", el espíritu y la intransigencia de la primitiva enseñanza fueron traicionados y, como una "normalización" dirigida a fijar un lugar en este mundo a aquello que "no es de este mundo", surgió, a la manera de un compromiso entre inmanencia y trascendencia, entre la cristiandad y la paganidad, la **Iglesia católica.**
Fijemos firmemente este punto: **una cosa es el cristianismo, otra diferente el catolicismo.** El cristianismo como tal es el anti-Estado, lo análogo de la Revolución Francesa de ayer, del mito comunista y del bolchevismo de hoy: el mismo ha fracasado y siempre estará condenado al fracaso mientras el "mundo" exista. El cristianismo, en cuando es en cambio iglesia católica, no es sino una sombra de la paganidad: sombra contradictoria puesto que se refleja sobre una concepción y un sistema de valores, que es la contra-

dicción de la paganidad.
En esta esencial contradicción se encuentra la causa de la impotencia de la iglesia católica en asumir en verdad la herencia de lo que la revolución cristiana había corrompido: la imperialidad y la universalidad romana.
La iglesia católica mantiene el dualismo, si bien en forma cambiada sosteniendo el dominio espiritual en contra del dominio material. Pero tal postura es insostenible.
Son coherentes los güelfos, quienes niegan la posibilidad de un estado laico en sí mismo, y quieren una subordinación incondicional del poder temporal respecto del papal, jerárquicamente constituido. Sin embargo en este caso ¿qué es lo que le quedaría a la iglesia para poder denominarse aun como cristiana, es decir para reivindicar la descendencia por parte de quien enseñó que fuesen vanos los intereses por el mundo e iguales los hombres, siervos por naturaleza de un Dios, cuyo reino no es de esta tierra? ¿Cómo mantener el dominio y la jerarquía efectiva si no es pasando a los valores paganos de afirmación, de inmanencia y de diferencia?
El güelfismo en una experiencia bimilenaria no ha sabido conquistar ninguna realidad histórica consistente.
Pero entonces queda de manera chocante el disenso, puesto que **la otra alternativa no es posible**; no es posible que un imperio, que sea verdaderamente imperio, pueda admitir junto a sí a una iglesia como una realidad diferente e independiente. Un imperio, cuyo dominio sea meramente material, puede por cierto tolerar una iglesia y remitirle todo lo concerniente a las cosas espirituales, de las cuales por hipótesis se desinteresa. **Pero un tal imperio no es propiamente tal**, de la misma manera que un organismo sin alma no es un organismo. Si en cambio esta alma lo posee, si una espiritualidad inmanente lo compenetra (y espiritualidad para nosotros no significa para nada "fe" o "devoción", "dogma" o "misticismo", sino valor en acto

como potencia concreta de seres superiores), cuando tal cosa acontezca, el imperio no puede y no debe tolerar junto a sí una organización que se arrogue la prerrogativa de las cosas del espíritu: el mismo suplantará a la iglesia expresándose en cambio a sí mismo como única y verdadera iglesia. Tal el concepto del **imperialismo pagano**, síntesis de realeza y de sabiduría. "Sacro Imperio", de acuerdo al concepto romano, iránico, pitagórico, dantesco.

Pero ni siquiera esta segunda solución, excepto raros esbozos, ha tenido realidad en la historia post-romana. ¿Y qué es lo que ha quedado? Por un lado un estado esencialmente laico, que se agota en problemas económicos, administrativos, penales, militares, etc., declinando cualquier competencia en materia de religión: por el otro una religión que se desinteresa de la política, que, como iglesia católica, se reduce a una función simbólica, sobreviviente a sí misma a la manera de una especie de gran asociación internacional de creyentes, capaz tan solo de un lavado paternalismo basado en ostentadas e inútiles preocupaciones por la salud de los pueblos -los cuales a su vez van cada uno por su propio camino- o de las "almas", las cuales han perdido el sentido interior y viviente de la realidad espiritual y han **matado el saber y el ser en el "creer".**

Tal es la raíz de la crisis de la idea política en Europa y tal es la absurdidad patente de todo intento de apoyar un imperialismo sobre el universalismo católico. Nada tiene que hacer tal universalismo anodino, incorpóreo, internacional, puramente nominal, con el concreto y solar de un súper-estado de dominadores, en cuya más vasta vida y potencia encuentren unidad verdadera, paz profunda} augusta las múltiples potencias inferiores, tal como la Roma pagana lo encarnó y tal como debe ser el modelo ideal de quien quiera evocar romanidad e imperialidad en contra del mal democrático

e internacionalista que corroe a Europa. El imperialismo católico no nos sirve y no nos resulta suficiente, puesto que no nos sirve y no nos resulta suficiente una estructura impersonal y vacía que no muerde en la realidad, que no manda las unidades nacionales y que en rigor debería ser indiferente a todo particular interés nacional, a partir del de Italia misma.
Así pues, por un círculo vicioso insuperable, nada debe esperar, a los fines del imperio una nación cualquiera, y en primer término Italia, por parte de un acercamiento con el catolicismo. En efecto un tal acercamiento no podría tener como finalidad sino explotar el prestigio internacional de la iglesia. Sin embargo tal prestigio, así como se encuentran las cosas hoy en día, tiene justamente como condición que la iglesia se declare y se mantenga independiente respecto de cualquier nación en particular, internacional, y por lo tanto se reduzca a un abstracto influjo espiritual sobre las almas, que no debe encuadrarse a favor de ninguna potencia, sino renunciar a cualquier reino efectivo.
De aquí lo absurdo de la ideología y de la política de los nacionalistas italianos y la razón de la frigidez vaticana ante los avances de quien en el fascismo, al no saber poner en marcha una espiritualidad inmanente, piensa en reclamar al catolicismo el alma que supone que el fascismo mismo no posee.

III.- Las dos soluciones - El peligro protestante

El punto fundamental pues es éste: **o confirmar la decadencia actual de la idea política restringiendo el Estado a una mera organización material, por lo que puede entonces dejar subsistir en una abstracta coexistencia y yuxtaposición a una iglesia, o bien superar el dualismo inmanentizando a la iglesia e instaurar una síntesis absoluta entre**

los dos poderes y las dos conciencias. Y en esta segunda alternativa, sin embargo, el peligro cristiano se representa en la más temible de sus formas, ya reflejada, tal como dijéramos, por parte del núcleo central de las organizaciones anglo-sajonas.
Cuando la perspectiva del "Reino" dio marcha atrás y desapareció, las fuerzas desplegadas en su espera recayeron sobre sí mismas; y el cristianismo de su fase anárquica, bolchevique y libertaria pasó a una fase **socialista**. La ecclesia, la comunidad, la vida asociada de los fieles comprendida como un médium impersonal hecho de recíproca necesidad del alma, sustituyó a la realidad, venida a menos, del "Reino de Dios".
Hay que distinguir netamente la "ecclesia", de la cual ahora hablamos, de aquello que fue luego la organización eclesiástica católica. Esta última surgió a partir de una sucesiva paganización de la ecclesia en el sentido primitivo, de la cual en una cierta medida traicionó su espíritu, a favor de un residuo de imperialidad exteriormente ritual y jerárquica, según un compromiso antes resaltado. En la ecclesia, cual en vez aparece en las primeras comunidades cristianas, nosotros tenemos algo diferente, que constituye el primer germen de aquello que deberá conducir al tipo de la sociedad moderna euro-americana.
En el imperio el principio era: **jerarquía**, investidura de lo alto. En la ecclesia cristiana el mismo fue: **igualdad**, fraternidad. En el imperio existían señores y siervos. En la ecclesia tales relaciones se despersonalizaron: se trató de un lazo entre seres iguales, sin jefes, sin distinción de clase o de tradición mantenidos juntos tan sólo por la recíproca dependencia y la idéntica necesidad de las almas cada una insuficiente a sí misma. En otras palabras, nació la socializad, la forma de un puro vivir asociados, de un estar juntos en alguna cosa colectiva, en una solidaridad igualitaria.
Y ahora descendamos hasta la Reforma. La Reforma

fue el retorno al cristianismo primitivo en contra de un límite de paganización, que con el humanismo, había alcanzado la iglesia católica. **La intransigencia protestante puso fin al compromiso católico, en el sentido de conducir hasta el fondo la dirección del anti-imperio.** Desvinculando a las conciencias de Roma, inmanentizó y socializó a la Iglesia y convirtió paulatinamente en acto en una realidad política a la forma de la ecclesia primitiva. En lugar de la jerarquía desde lo alto, a través de la Reforma se le sustituyó la libre asociación de los creyentes emancipados del vínculo de la autoridad, convertidos anárquicamente cada uno de ellos en árbitro de sí mismo al mismo tiempo que igual a cada uno de los otros. Fue en otras palabras: el principio de la decadencia liberal-democrática europea, en contraposición con cualquier idea imperial; la revolución protestante ha abierto el camino al modo de una organización apoyada no sobre jefes, sino sobre la suma de los individuos singulares, de una organización proveniente de lo bajo y que se agota en un lazo impersonal y mecánico, en una realidad puramente colectiva que se autogobierna y auto justifica. Esta dirección ha absorbido a los países anglo-sajones y hoy tiende a un universalismo propio: así como en las distintas naciones la misma cancela la diferencia de los diferentes individuos en el vínculo social, última instancia en sí misma, del mismo modo ella tiende a borrar también las diferencias y los privilegios de las diferentes naciones poniéndolas a todas en un mismo rango en el anónimo internacionalismo de una "Sociedad o Sindicato de las Naciones". Al mismo tiempo, la religiosidad se humaniza y se aburguesa siempre más, tiende siempre más a identificarse con la socialidad. Las últimas orientaciones hacia una "'religión del servicio social" o "del trabajo" y la preponderancia creciente del interés y de la intransigencia moralista sobre cualquier otro de carácter espiritual y metafísico en los

países protestantes lo prueban.
En conclusión: **de la Reforma surge una postura coherente que separa del núcleo cristiano-pagano, presentado por los países católicos, el aspecto cristiano** (en su forma moderada de ideal de vida asociada) y realiza un tipo diferente de Estado: el **Estado democrático**, el anti-imperio. el autogobierno de una masa soberana en sí misma, con apariencias de gobernantes siervos de los siervos en cuanto meros representantes dependientes y responsables con relación a las masas, en vez de ser éstas responsables respecto de aquellos y ellos a su vez, en tanto jefes, con respecto a ninguno.
Los países latinos en una cierta medida han permanecido inmunes al mal protestante. Pero con ello han también permanecido en el compromiso. Peor de todos Italia: casi como adormeciéndose en el recuerdo del imperio, parodiado por la iglesia, la misma no ha aun tenido la fuerza para hacer la revolución ni en un sentido ni en otro. Así pues por un lado el mal democrático se ha ido infiltrando sutilmente en su componente político, por el otro el mismo se apoya en la superestructura inerte y puramente simbólica de la iglesia, extraña a su realidad política.
Pero este estado de cosas no puede durar. Será cuestión de tiempo, aunque los países latinos, y en primer término Italia, deben decidirse: o ellos lentamente padecerán el protestantismo organizándose a la manera de las sociedades anglo-sajonas desplazando paulatinamente a la iglesia con una religión inmanente de la socialidad; o bien deben reaccionar e imponerse con una revolución en un sentido inverso, llevando a cabo la otra solución posible.
La revolución que puede salvar a Italia del peligro protestante, del peligro euro-americano, es la revolución anticristiana, la revolución pagana como restauración del Imperio Sacro. La única vía para

salvar la tradición mediterránea y romana no en retóricas vacías, sino en el carácter concreto de una realidad social es ésta. Y ésta representa también la única auténtica contrarreforma, el que tenga coraje que lo entienda. Aquel que en cambio no lo tiene, que no entienda. Así como la revolución protestante superó el compromiso católico y cristianizó el Occidente en la estructura y en el valor de la socialidad democrática, nosotros, en contra de la Reforma, superamos el mismo compromiso, pero para afirmar la otra alternativa posible, si bien aun no existente. Sobre la base de una restauración de la espiritualidad pagana, nosotros debemos crear una sociedad regida por los valores de la jerarquía, de la organización de lo alto, de la aristocracia, del dominio y de la Sabiduría. es decir, de aquellos valores imperiales de los cuales en parte la iglesia de Roma en manera contradictoria se enmarcó y que, luego del jaque de la misma iglesia en el curso de un experimento bimilenario, son afirmados en forma cruda, neta y libre de cualquier compromiso y de cualquier enmascaramiento o atenuación, por parte de personas capaces de todo que no se avergüencen de descender de la más gran realidad mediterránea jamás existida y que por ende, en contra de toda Europa, osen como nosotros declararse **paganos.**

IV. - Los valores paganos de restauración

Hemos hablado de "espiritualidad pagana". En efecto no hay fábula más absurda que aquella que le otorga a la paganidad un significado de materialidad, e incluso de corrupción; y el cristianismo en cambio como la síntesis más alta de todo aquello que es espiritual; ni tampoco una ceguera más grande que aquella de quien no se da cuenta de que tan sólo sobre la base de la superación de los valores cristianos y de la concepción cristiana del hombre y del mundo -superación

que remite al mundo pagano, a la anti-Europa- es posible crear la conciencia y la potencia de la cual puede resurgir el imperio.
El dualismo y la trascendencia deben ser superados: a la concepción cristiana que en el hombre reaviva a un ser radicalmente otro respecto de Dios, un condenado a quien tan sólo la gracia o el "Salvador" pueden redimir, y sólo una "revelación" iluminar, debe contraponérsele aquella concepción para la cual el hombre aparece como un gesto y un acto del mismo infinito, capaz de arribar por sí a la verdad, a la salvación, a la participación en una vida inmortal. A la fe que sueña en el "reino de los cielos" y en el espíritu como absoluta trascendencia con respecto al mundo, se oponga el sentido de una unidad libre e inmanente, encerrada en sí misma, materia de dominio: la realidad del mundo debe ser reconocida y, a decir verdad, como aquella del lugar mismo en donde de un hombre se recaba un Dios, de la "tierra" un "sol".
Por lo cual a la renuncia y al "mito" del Dios crucificado que sufre y que ama, deberá oponérsele el del hombre-dios como un ser radiante de luz y potencia, en el cual la espiritualidad se confirma en la victoria y en el Imperium. A la raza de los "siervos y de los Hijos del Padre", le será opuesta la de seres liberados y liberadores, que en el Dios ven simplemente a la más alta de las potencias, a la cual libremente hay que obedecer o contra la cual virilmente luchar, con la frente alta, sin contaminación de sentimientos, de abandonos, de plegarias. Al sentido de dependencia y de necesidad, le será opuesto el de la **suficiencia**, de la helénica "autarquía"; a la voluntad de igualdad la voluntad de diferencia, de distancia, de jerarquía, de aristocracia; a la promiscuidad místico-comunista, la firme individualidad; a la necesidad de amor, de felicidad, de compasión, de paz, de consuelo, el desprecio heroico hacia todo ello y la ley de la pura voluntad y

de la absoluta acción; a la concepción providencial, la concepción trágica por la que el hombre se sienta solo consigo mismo entre las contingencias de las fuerzas, en modo tal de saber que si él no se convierte en el salvador de sí mismo nunca ningún otro lo podrá salvar. Borrar el sentido del "pecado", borrar la "mala conciencia", tomar sobre sí toda responsabilidad, duramente; cerrar la puerta a cualquier fuga, dominar el alma, fortificar el íntimo corazón.
No más "hermanos" ni "Padres", sino hombres, principio y fin en sí mismos, encerrados cada uno en sí como mundos, rocas, cimas, sin evadirse, vestidos tan sólo con la propia fuerza o debilidad: cada uno un lugar -un puesto de combate- una cualidad, una vida, una dignidad, una fuerza distinta, sin par, irreductible. Imponerse a la necesidad de "comunicar" y de "comprenderse", a la contaminación del vínculo de fraternidad, a la voluptuosidad de amar y de sentirse amado, de sentirse iguales y juntos, a esta sutil fuerza de corrupción escondida por el cristianismo que disgrega la individualidad y la aristocracia. La incomunicabilidad debe ser querida, por un sentido de respeto absoluto y de no-contaminación, fuerzas más fuertes y fuerzas más débiles, la una junto a la otra o la una en contra de la otra, lealmente, fríamente reconocidas, en la disciplina del espíritu interiormente inflamado aunque exteriormente rígido y templado como el acero, que contiene en una magnífica medida la desmesura del infinito: militarmente, como en una empresa de guerra, como en un campo de batalla. Un estado de **justicia absoluta**; nada de "infinito", relaciones precisas, orden, cosmos, jerarquía, sentido de las castas, individuación absoluta.
Todo esto debe querer el que quiere el **Imperio**. Ni tampoco ello basta. Es difícil darse perfectamente cuenta hasta qué punto el cristianismo y el mal democrático hayan hundido sus raíces en la cultura contemporánea

y en la mentalidad misma de aquellos que quedarían sumamente asombrados en ser denominados como cristianos o democráticos. No sólo la estructura de la sociedad moderna, que refleja el tema predominante de la "ecclesia", sino, como dijéramos, los mismos presupuestos de la ciencia, de la técnica y del saber occidental padecen un mismo mal. En el dualismo de la ciencia por el que la misma no sabe ver sino muertos fenómenos de acuerdo a una cruda alteridad escindida de las potencias del Yo, se tiene la extrema consecuencia de la violenta escisión y oposición del espíritu respecto de la naturaleza, que el cristianismo afirmó en contra del concepto viviente, orgánico, mágico de la naturaleza, que los antiguos comprendían en vez como un sistema armonioso hecho de dioses, de inteligencias, de símbolos, de gestos rituales. Y como entonces a la conciencia interior, directa, espiritual atribuida a la Sabiduría, al ojo sidéreo abierto por el fuego de las iniciaciones, se le sustituyó el saber exterior, intelectual, fenoménico, discursivo-científico; de la misma manera a la conexión orgánica y simpática del hombre con las fuerzas profundas de las cosas, preconizas por la magia y por la teurgia, se sustituyó una relación extrínseca, indirecta, violenta: la relación propia **de la técnica y de la máquina**. En tal sentido la revolución cristiana contiene el germen de la mecanización y de la abstracción del espíritu moderno; y el democratismo, el igualitarismo, el anti-individualismo se vuelve a hallar en todas las formas de éste: se reencuentra en el carácter formal del saber científico, para el cual es verdadero tan sólo aquello que todos, cualquiera sea la vida en la cual se dejen vivir, con tal de que tengan un cierto grado de "cultura", pueden reconocer; se vuelve a encontrar en la potencia dada por la técnica, hecha de mecanismos y de automatismos tales de producir los mismos efectos con absoluta indiferencia de la cualidad de quien actúa, tal pues de

hacer, según violencia, más poderoso a uno sin que al mismo tiempo lo transforme y lo convierta en superior; virtud, esta última, que se vuelve a encontrar luego en la fuerza bruta del oro, con la cual, en vez que con su más vasta vida y directa energía, los hombres hoy dominan a los hombres, y en lo cual han caído, en una automatismo que nivela a todos los seres, las antiguas, vivientes, personalizadas relaciones de dependencia entre jefes y súbditos, entre señores y siervos.

El imperio no es posible mientras perdure un tal estado de cosas. Sobre esta base, toda jerarquía será exterior, ficticia, contingente. Es necesario nuclear las élites en las cuales se vuelva a despertar el sentido pagano, mediterráneo de la vida y de la Sabiduría, es necesario crear una **cualidad** más allá de la cantidad y del determinismo de las meras condiciones de existencia: éste es el principio. La organización social moderna se agota, aproximadamente, con las dos castas inferiores del antiguo Oriente: la de los **siervos** (obreros, empleados, soldados, etc.) y la de los **mercaderes** (industriales, banqueros, trusts, etc.). Por encima de este estrato hay que restaurar el equivalente de las otras dos castas: la de los **Guerreros** y la de los **Sabios**, de las cuales el Occidente moderno ya no sabe casi más nada.

En oposición a las ideologías pacifistas, humanitarias, internacionalistas -filiaciones en gran parte directas del cristianismo- en primer lugar debe ser despertada, a título de superior jerarquía, la raza de aquellos que en la **guerra**, querida en sí misma, en modo **puro** y sobrehumano, superior al éxito como al fracaso, al placer como al dolor {Bhagavad-gîtâ) reconocen el valor y el fin, y en el heroísmo y en la gloria de los cuales puede arder la superior justificación, el **acto** de toda una estirpe.

Más allá de los guerreros, la raza de los que "ven" y que "pueden": seres solares y suficientes, raza de se-

ñores, casi no más hombres, de la mirada larga, temible, lejana, y que "son por sí mismos", que no toman sino que dan en superabundancia de luz, de fuerza, de exaltación interior y en vida decidida se dirigen de acuerdo a un orden jerárquico que no viene de lo alto, sino de la misma relación dinámica natural de las propias intensidades, hasta expresar el vértice oculto y vertiginoso que sostiene y justifica al Imperium.

Éste es el punto central y el límite para la superación del cristianismo. El cual, afirmando discontinuidad y diferencia sustancial entre hombre y Dios, negó la posibilidad de aquello que es propiamente **conocimiento** e identificación, transformación divina del hombre; estuvo privado pues de una enseñanza esotérica más allá de aquello que es simple religión popular y confundió lo espiritual con la fe, la devoción, la plegaria, el temor de Dios, el sentimiento. Es así como una jerarquía religiosa cualquiera, inspirada por el cristianismo, que se agregase eventualmente a una organización política, efectivamente no agregaría nada: no prolongaría, es más, rebajaría aquello que es sólo humano en la dirección de un ablandamiento del alma, de una abdicación del Yo, de una remisión pasiva y vana de la trascendencia. No ofrecería un centro, una justificación, una luz.

No es por cierto a tal respecto que nosotros entendemos la síntesis entre los dos poderes, sagrado e imperial, sino a la manera que interviene espontáneamente cuando el lugar y la dignidad usurpada por parte de "aquellos que creen" sean restituidos a "los que saben" y que "son".

Saber, en el orden de la tradición mistérica, no quiere decir ni pensar, ni creer, ni suponer, sino **ser.** El ascenso a través de los grados del saber es una diferenciación de grados siempre más vastos de autoconciencia, de individualidad, de posibilidades supra-normales y meta-físicas. Quizás aquí, nuestras palabras

pueden no resultar totalmente claras, ni es el caso de decir respecto del sentido de aquellos ritos de iniciación que en muchas tradiciones se vinculaban a la investidura imperial. Basta tan sólo con declarar que nosotros aludimos a una realización interior y a su vez no reductible a nada de "moral", de "ideal", o de "religioso", a una realización absolutamente **positiva** por la cual un hombre cesa efectivamente de ser hombre, estando desvinculado de gran parte de las condiciones psico-físicas por las cuales el concepto de hombre es definido. Y esta realización es objeto de una ciencia sui generis, hallable en el Yoga hindú y en las tradiciones misteriosóficas, mágicas y teúrgicas, como también, en forma desordenada, en las vidas y en las disciplinas de los grandes místicos y santos de todo tiempo y lugar.

Es esta superioridad efectiva y real la que dará el sentido al término "espiritualidad" y que será puesta como el centro, del cual procederá la dignidad, el atributo y la función efectiva de la realeza; la cual a su vez se testimoniará en el **Imperium**, casi como según la más antigua tradición por la cual los Reyes eran tales en virtud de un fuego atraído desde el cielo, que los investía y los testimoniaba con la profecía y la videncia, con el poder de salvación, con la fascinación irresistible sobre las multitudes y con la gloria de la victoria.

APENDICE I

LA ORDEN DE LA CORONA DE HIERRO

Tras la caída del Imperio Romano la necesidad de conservar y defender los valores espirituales en medio del caos político y de la disgregación moral de la época hizo nacer las primeras ordenes ascéticas.

Hoy día, dado que se presenta una situación análoga y una crisis profunda atraviesa el mundo moderno, consideramos como oportuna la constitución de formas análogas. Con este espíritu se propuso la creación de la Orden de la Corona de Hierro. Esta denominación nada tiene que ver con la antigua corona italiana, por el contrario nos la sugirió la idea de una soberanía que tenía que ser definida en términos espirituales y, al mismo tiempo, hace referencia al metal que simboliza lo mejor, la dureza, el temple y la inflexibilidad que deben ser los rasgos característicos de los hombres de la Orden en la defensa del espíritu.

1. Los hombres de la Orden tienen ante todo el deber de testimoniar personalmente, defendiendo y afirmando los valores de la espiritualidad pura comprendida como una realidad trascendente, sobrepasando todo valor simplemente humano, todo vínculo natural, "social" e individual.

2. La destrucción que caracteriza el mundo moderno impone a los hombres de la Orden la manifestación y afirmación de tales valores al margen de instituciones y formas más o menos condicionadas históricamente. Los hombres de la Orden, conscientes de que en el estado actual de cosas no hay orden político y social que tenga un carácter legítimo conforme a principios de orden superior, guardan una distancia precisa frente a este estado de cosas y podrán estar presentes, aceptar cargos y funciones pero sólo con el fin de ejercer una acción de inspiración superior directa o indirectamente. En cuanto al alejamiento respecto de todas las formas religiosas y respecto de la decadencia y secularización creciente de estas formas, es una actitud que encuentra su justificación en el reconocimiento de valores fundamentales libres de todo condicionamiento.

3. Aparte de esto, es esencial que los hombres de la orden actúen sobre el plano existencial por su misma presencia y por su adhesión absoluta a la verdad, mediante su rectitud, su capacidad de subordinar el hombre a la obra, su inflexibilidad y el rigor de su ideal, su indiferencia frente a todo reconocimiento exterior y a toda ventaja material. Teniendo en cuenta la correlación existente entre el orden externo y el interno es recomendable que los hombres de la Orden sean escogidos entre los que estén libres de defecto en el plano físico y que posean fuerza interior.

4. Existen distorsiones específicas de la civilización moderna y tomar posiciones contra ellas es la condición natural y sin réplica para pertenecer a la Orden. Ello lleva a atacar sobre todo toda forma de democracia e igualitarismo a lo que se opone un principio, fuente espiritual de autoridad y jerarquía. Debe ser igualmente combatido todo mito social colectivista y proletario. Los hombres de la Orden se oponen a toda prevaricación y a todo acceso al poder de fuerzas de lo bajo así como a todo concepto de privilegio y de poder definido en términos de dinero y riqueza. El deber de los hombres de la Orden es afirmar la primacía de los valores espirituales heroicos, aristocráticos y tradicionales contra el materialismo práctico, el inmoralismo frívolo y el utilitarismo del momento presente. En todo momento sostendrán aquello que vaya en el sentido de los valores ya mencionados, obstaculizando todo aquello que vaya en contra de ellos.

5. La Orden reconoce la verdad como el instrumento más poderoso de su acción. La mentira, la mixtificación ideológica, la intoxicación, la acción embrutecedora ejercida por medios sutiles están en realidad en la base de la obra general de subversión y derribo de los valores en el mundo actual.

6. Como el centro de gravedad de la Orden no coincide ni con una confesión religiosa particular ni con un movimiento político, la Orden se mantiene a distancia de todo lo que es "cultura" en el sentido moderno del término, intelectual o profana. Por contra lo que es fundamental para el hombre de la Orden es un modo de ser, en segundo lugar una concepción de la vida aprehendida como expresión de este modo de ser y en tercer lugar, los elementos de estilo para un comportamiento personal de rectitud y coherencia de

la existencia y la norma para el dominio de la acción.

7. Podrán ser sostenidas, inspiradas y suscitadas corrientes de ideas según las circunstancias y las situaciones sin que la Orden se descubra. La Orden tenderá a actuar sobre el plano de las causas y no sobre el de los efectos.

8. La Orden al completo hace bloque detrás de cada hombre de la Orden. Todo miembro tendrá el deber de aportar su apoyo por cualquier medio a cada camarada no tanto como individuo sino como defensor de la organización. La unidad de la Orden confirmará y reforzará la relación profunda, natural, existente en germen entre los elementos, células o centros de acción convergentes movidos interiormente por la misma idea.

NORMAS

1. Sólo los varones podrán ser admitidos en la Orden. No deben ser menores de veintiún años y deberán estar exentos de taras físicas y de todo lo que en el plano psicosomático pueda afectar al prestigio moral del candidato.

2. La Orden presupone individualidades que posean al menos potencialmente una misma cualificación interior, vocación y mentalidad, lo que implica que se encuentren en grados diversos sobre una misma línea. La adhesión a la Orden requiere en todo caso un compromiso preciso, confirmado por un juramento que colocará en primer lugar al ideal antes que todo lazo familiar, sentimental, afectivo, etc. y antes que toda preferencia individual, intereses o ambiciones sociales, No se pide un renunciamiento al mundo pero si un desapego interior en lo que concierne a su propia situ-

ación, cualquiera que esta sea en el mundo profano.

3. Pertenecer a una comunidad dada o una confesión religiosa no es incompatible con la adhesión a la Orden, pero en caso de divergencias debe ser asegurada a ésta un derecho superior.

4. Es deseable que haciendo referencia a principios superiores los hombres de la Orden aspiren a las realizaciones correspondientes y que, en esta óptica, se esfuercen en realizar los contactos con estados superiores del ser lo que será objeto de disciplinas operativas de carácter iniciático.

DE LAS DIGNIDADES Y DE LA ORGANIZACIÓN DE LA ORDEN

1. La Orden presenta dos aspectos: uno interno y el otro externo. En lo concerniente al aspecto externo todos los miembros la Orden están revestidos de una igual dignidad, correspondiente a la designación o título de "hombre de la Orden de la Corona de Hierro". En el plano organizativo la Orden está regida y dirigida por un Consejo de Maestres de la Orden, compuesto de 7 miembros con un "Gran Maestre de la Orden". Entre estos miembros están repartidos los deberes de carácter general sobre el plano de las realizaciones y de la disciplina, temas que deberán ser definidos durante las sesiones del Consejo.

2. El aspecto interno de la Orden corresponde a la esfera puramente doctrinal y comprende 3 grados relacionados con el estado de realización espiritual alcanzado. Esta articulación no coincide necesariamente con la articulación externa pero quedando claro que al menos 4 de los miembros del Consejo de Maestres deben de tener el grado más alto en la jerarquía in-

terna (e iniciática) de la Orden. A esto y al trabajo sobre el plano del conocimiento medido a la luz de los criterios de la Tradición está consagrado un capítulo especial.

3. Corresponde al Consejo la decisión de admisiones en la Orden con la elección y la investidura directa de los elementos señalados considerados dignos. No se excluye la posibilidad de proceder a agregaciones a la Orden, por así decirlo, por "decreto". Tal personalidad pasará a formar parte de la Orden (con todos los efectos que ello conlleva) aún cuando no tenga relación directa con ella.

4. La pertenencia a la Orden no comporta obligaciones financieras. Donaciones libres podrán ser admitidas, de las cuales dispondrá el Consejo de Maestres exclusivamente para las finalidades impersonales de la Orden.

5. El título de "Hombre de la Orden" es potencialmente hereditario, de tal forma que su titular puede decidir transmitirlo con el fin de que la tradición de su sangre sea también la de una forma dada y con una influencia espiritual en la continuidad de una misma acción.

6. Los miembros del Consejo de Maestres son los fundadores de la Orden. El Consejo deberá tomar las decisiones sobre la sucesión de sus miembros en caso de defunción o descalificación. Cada uno de los miembros del Consejo tiene derecho a proponer su sucesor y continuador de su obra. Corresponde al Consejo la decisión última sobre esta cuestión.

7. La Orden tiene esencialmente el carácter de una sociedad viril (Männerbund). Por ello todo lo que se

relaciona con la noción de familia le es indiferente.

8. Los hombres de la Orden pueden seguir una línea de libertad sexual, quedando bien entendido que ésta no debe de constituir una servidumbre.

APENDICE II

LAS SS GUARDIA Y ORDEN DE LA REVOLUCION DE LA CRUZ GAMADA

El siguiente artículo apareció en la revista La vita italiana, año XXVI, número 309 de diciembre de 1938. XVII.

Una de las creaciones más interesantes, significativas y quizás menos conocidas de la revolución nacional socialista alemana está constituida por el denominado cuerpo de la SS. Estas siglas corresponden a la abreviatura de Schutzstaffeln: el cuerpo"negro" de protección del Tercer Reich. Si el ejército Reichwehr es el órgano de la defensa externa del Estado, la SS conforma el órgano de su defensa interna. En esta singular organización los rasgos de un antiguo orden, de una elite política, de una elite biológica y heroica, de una guardia de corps del jefe, de una "policía se-

creta de Estado" en un sentido superior y, finalmente, de un grupo concebido para realizar y defender del modo más directo las ideas base de la visión nacionalsocialista del mundo se componen en una ordenada síntesis. Son doscientos mil hombres unidos por inquebrantables juramentos de fidelidad y de honor, sintiéndose, según palabras del Reichsführer Heinrich Himmler, como "una orden guerrera nacionalsocialista ". Su aspiración se retrotrae a los orígenes: quieren ser una comunidad en la cual el recuperado contacto con las fuerzas originarias de la estirpe y con los mitos de la gran civilización nórdica primordial se traduzca en una nueva e indomable vida; una comunidad en la que el nuevo significado de la sangre debe establecer misteriosos contactos con los antepasados y con los muertos, superando el sujeto su aislamiento individualista integrándose en la continuidad de la estirpe y de una corriente de vida que abra nuevos caminos hacía el futuro. Se evocan los símbolos sagrados de la antigüedad germánica precristiana: las runas distinguen frecuentemente subdivisiones especiales del "cuerpo negro". Debido al uso arraigado en Alemania de designar a las diferentes organizaciones con sus iniciales (K. d F., H.J., B. d M., S.A., etc.) la propia abreviación de Schutzstaffeln, SS, se presta a una transposición particularmente significativa: por afinidad de las dos letras con el signo de la llamada "runa de la victoria" de los antiguos nórdicos con su signo en zig zag las que designan a la SS en los uniformes, en las reuniones o en cualquier circunstancia. Con ello se verifica uno de los casos en los que el hombre moderno procede a las evocaciones elementales cuyo verdadero alcance percibe sólo de forma velada y lo llevan al presentimiento de un mundo en el que no se trata ya de "conceptos", de "valores" y de "palabras", sino de fuerzas, poderes y significados primordiales. Este signo trazado en zig zag de la "runa de la victoria" que ahora figura en

los mismos uniformes de la SS equivale a aquél que en el antiguo simbolismo egipcio, en figura de cetro, designaba la fuerza terrible solar que consagra, divinifica y hace invencible al Rey; igualmente, a través de la alusión al rayo penetra en el simbolismo de la fuerza celeste esencialmente usada por las divinidades olímpicas de la raza aria en su lucha contra las fuerzas oscuras, titánicas, telúricas.

Significados que despiertan hoy confusas intuiciones, como, por ejemplo, cuando Himmler en la lucha contra el bolchevismo no ve sino un episodio de una lucha casi permanente y metafísica en la cual las fuerzas de la humanidad aria se enfrentan con las de la subhumanidad. La SS, la portadora de la "runa de la victoria", a su vez, reivindica para sí el constituir la principal organización antibolchevique de combate consciente según las palabras del Gruppenführer SS R. Heydrich, otro de los jefes del "cuerpo negro" del deber de la lucha no sólo contra el adversario visible, sino también contra aquél invisible y oculto.

Aludiendo brevemente a la génesis de la SS, diremos que tuvieron su primer germen en la llamada Stabwache, creada en marzo de 1923 por el nacionalsocialismo, que se convirtió en la "tropa de asalto de Hitler" "Stosstrupp Hitler" constituida por elementos escogidos y militarmente adiestrados, sometidos a una disposición incondicional al Jefe. Tras el período de prohibiciones de las organizaciones semi militares de partido, durante la cual el cuerpo pasó a un estado latente, en el verano de 1925 se crea la verdadera SS, por obra de Julius Schreck, fiel colaborador del Führer, con la introducción del actual uniforme negro con calavera de plata en la gorra.

Cuando el 6 de enero de 1929 Heinrich Himmler

asume el mando de este cuerpo, este contaba apenas con 270 hombres: pero ya desde entonces desarrolló una eficaz acción de defensa no sólo externa sino también interna, contra los elementos disidentes o dudosos del partido. En el momento de la conquista del poder el "cuerpo negro" contaba con cien mil hombres; su potencia, su autoridad y sus prerrogativas aumentaron cada vez más, recibiendo su sanción definitiva en 1934. La SS fue el órgano del que Hitler se sirvió esencialmente en la represión del 30 de junio de 1934 liquidando las tendencias insurreccionales capitaneadas por Ernst Röhm y Von Schleiter. Sobre la base de la fidelidad y de los méritos demostrados en aquella ocasión, la SS, que hasta aquel momento era dependiente de la SA ("tropas de asalto" de las que Röhm era uno de sus principales Jefes), se constituyeron como organización independiente y se les asignó también, de forma completa, el servicio de "policía secreta de Estado" o GSP[4] (Geheimstaatpolizei). Su jefe, Himmler, ostenta el título oficial de "Führer de la SS del Reich y jefe de la policía alemana".

Con todo ello, la SS se ha convertido en una de las más poderosas organizaciones del partido, dependiente directamente de Hitler. Se puede decir que constituyen la espina dorsal del movimiento, el órgano que controla todas sus partes y garantiza la seguridad. En cuanto a Alemania en general, otro gran pilar lo constituye el ejército, la Reichswehr, que, como es sabido, en Alemania no se agota en el elemento puramente militar, sino que tiene sus propias tradiciones, un ideal propio y directas relaciones con la nobleza, sobre todo con la prusiana. No es arriesgado afirmar que para la Alemania futura el modo en el que se desarrollen posteriormente las relaciones entre la SS y el Reichswehr tendrán un valor decisivo: en cuanto a las

4 El Geheimstaatpolizei, más conocida como Gestapo

restantes organizaciones nacional socialistas, como el "Frente del Trabajo" o la SA, por importante que sea su papel en lo referente a lo político y a la dinámica de las fuerzas políticas decisivas para la nueva Alemania, será siempre marginal y subordinado[5].

A Heinrich Himmler se debe la formación espiritual de la SS, la determinación de sus deberes, la codificación de los principios y de las leyes a ellas referentes. La idea base es la de la creación de una nueva elite, de una nueva nobleza. Preguntándose a cerca de quien en los antiguos estados estaba dispuesto a darlo todo por su príncipe para defenderlo, sostenerlo y protegerlo, Himmler llega fácilmente a reconocer que tal función fue siempre propia de la nobleza, de una elite que por este príncipe y por su tradición era precisamente reconocida como "noble". Esta nobleza, garante del principio de soberanía ante los peligros del capitalismo y el debilitamiento propio al liberalismo del siglo XIX, estaba en decadencia y en la crisis de la posguerra se demostró incapaz de mantenerse a la altura de sus obligaciones.

Su parte más sana permanece en el ejército, pero como fue excluida de la lucha política, dado que el ejército tiene funciones ejecutivas y de defensa externa, independientes, si no indiferentes, a la forma política de su nación. Era necesario por lo tanto pasar a la idea de una elite estrechamente conectada a la específica idea política del nuevo Estado y por lo tanto de una elite simultáneamente política y guerrera, de nuevo garante

5 Señalamos que con los llamados Ordensburgen o "Castillos de la Orden, de reciente institución, también se ha intentado crear con los cuadros del "Frente de Trabajo" una "elite" y casi un "seminario" para aquellos que deban tener en el futuro cargos políticos y directivos en general. Pero, a pesar de todo, no se tiene todavía nada similar a un cuerpo organizado, como la SS. Sobre los Ordensburg ver nuestro artículo aparecido en el número de julio de La Resegna Italiana.

del sentido y de la solidez del orden político nacional, revolucionariamente afirmado. Esta es la génesis ideal de la SS como "elite revolucionaria del Tercer Reich".

En su formación y organización estuvieron presentes consideraciones de tipo biológico racista, ético y espiritual.

Por lo que respecta al primer punto, Himmler parte de la premisa de que un pueblo es capaz de una cultura en sentido superior y de una invencible resistencia frente a sus propios enemigos, en la medida en la que en sus venas está presente una cantidad suficiente de sangre nórdica. Cuando dicha sangre, desde el príncipe hasta el campesino, decrece, este pueblo decae. Para la construcción del nuevo Estado y de su elite, la selección y el potenciamiento del elemento nórdico tendrán por lo tanto un papel esencial. En los cuadros de la SS, la selección se cumple en dos grados.

El primer grado es esencialmente biológico. Se acoge en la SS a todas las personas de origen ario comprobado que por estatura, proporciones, facciones, etc., se asemejan al puro tipo nórdico. Está naturalmente admitido que dado el estado de mezcla de todos los pueblos, es posible que en un tipo físicamente nórdico existan rasgos de carácter y formas de sensibilidad de una raza diferente; pero también se observa, que hay mayor probabilidad de encontrarse más frecuentemente cualidades nórdicas en un cuerpo de tipo nórdico que en cualquier otro. Una ulterior selección, por otra parte, se encargará de proporcionar una contraprueba al físico. Aquí queremos subrayar que en la SS la instancia nórdico racista no se restringe sólo al individuo, sino que se extiende en una consideración hacia su familia y su descendencia.

Un hombre de la SS no es libre de casarse con quien quiera. Según una ley promulgada por Himmler en 1941, para ello es necesario que una determinada oficina se asegure de que la mujer que él ha escogido ofrezca suficientes garantías para la probabilidad de una descendencia conforme al tipo y a la raza. Sobre esta base la SS se considera una Sippenorden, es decir, una orden de la estirpe, y sobre este fundamento antiindividualista, ligado a la sangre, aspiran a desarrollarse. Ya en la capacidad de someterse a esta ley de matrimonio, se tiene una primera prueba de orden superior, con ella se demuestra que se está preparado para subordinar el hecho puramente personal del sentimiento y de la pasión a exigencias superiores de orden supraindividual.

El segundo grado de la selección tiene por premisa el principio de la afinidad, según las palabras de Hitler: "Cuando pido algo heroico, es el espíritu heroico el que responde. Cuando prometo en cambio ventajas, a este tañido de campanas responderá el espíritu mercantil". Al buscar las cualidades morales que se atribuyen esencialmente a la raza nórdica se opera en consecuencia una selección espontánea de segundo grado y ya de orden interno. Al igual que a los materiales sometidos a una "prueba de resistencia", a aquel que aspira a formar parte de la SS se le somete a situaciones especiales, en las cuales sus cualidades de raza tienden a manifestarse.

Entrando así en el aspecto ético de la SS, digamos cuáles son según Himmler las principales entre esas cualidades. Primera y fundamental entre todas está la fidelidad: "Todo puede ser perdonado dice Himmler salvo la traición". De igual modo Hitler, con ocasión de los hechos del 30 de junio de 1934, ha dado a la SS como lema: "Hombre de la SS, tu honor es tu fi-

delidad", relacionado evidentemente con la máxima del antiguo derecho alemán: "Todo honor viene de la fidelidad". Aquí se entiende toda clase de fidelidad; fidelidad, ante todo, respecto al Führer y a la raza, fidelidad respecto a los camaradas y a las máximas del decoro, la honestidad y la caballería. Himmler añade: "Se peca contra la fidelidad y el honor no sólo cuando se ofende el propio honor o el de otro SS sino también y sobre todo cuando no se respeta el honor de los demás, cuando se hace escarnio de cosas que para otros son sagradas o cuando no se interviene virilmente en favor de los ausentes, los débiles y los indefensos". Con una ley del 9 de noviembre de 1935 Himmler ha reivindicado para la SS no sólo el derecho sino el deber del duelo, siempre que las circunstancias así lo exijan.

Tras la fidelidad y el honor, sigue la obediencia que debe ser ilimitada e incondicionada. Se dice que, después de que el oficial prusiano ha jurado su bandera, ya no tiene nada que le pertenezca. Esta tradición es retomada por la SS. En nombre del Jefe y de la visión nacionalsocialista del mundo se debe estar dispuesto a todo: "también a sacrificar el propio orgullo, los honores externos y todo lo que personalmente nos pueda ser querido y preciado. Debemos poder mantenernos sin actuar cuando todo en nosotros se rebela y nos empuja a intervenir, así como se debe poder actuar a una sola señal aún cuando se sienta una a aversión insuperable". Himmler considera esta cualidad de la absoluta obediencia como fundamental no sólo por sí misma, sino también para compensar el acentuado sentido del yo y el acentuado deseo de libertad del hombre nórdico y alemán, características que han sido a menudo causa de muchas de sus desgracias.

Otras características requeridas al hombre de la SS son

la veracidad, la capacidad de mantenerse inflexiblemente en todo lo que ha decidido ponderadamente, la completa rectitud y, naturalmente, como base general, el espíritu combativo[6]. En el discurso pronunciado en Magdeburgo el 12 de junio de 1937 con ocasión de la reunión de la nobleza alemana, Himmler ha sostenido que a estas virtudes corresponden otras tantas pruebas que son impuestas a la SS y que completan el proceso selectivo. Se convierte en miembro de la SS después de un período de prueba de un año y medio quien después de haber hecho su juramento de SS al Führer y de haber cumplido impecablemente el servicio militar y el servicio de trabajo, recibe la "daga de la SS".

Es interesante resaltar que con una ley del 9 de noviembre de 1936 se ha dispuesto que todo jefe de grupo de la SS, debe garantizar bajo juramento: 1) Que ningún aspirante sea aceptado cuando no cumpla las exigencias correspondientes, incluso si se trata de su hijo o de un pariente; 2) que cada año un cuarto de los nuevos elementos no provengan de familias o de ambientes SS. Con esto se pretende evitar que la SS se cierren en una especie de casta hereditaria en la que prevalezcan otros criterios que los de la cualificación efectiva; en segundo lugar se intenta atraer en una justa proporción en la SS a los mejores elementos cualquiera que sea su origen, también para evitar que estos formen otros grupos apartados de la elite central, como por ejemplo habría ocurrido, según Himmler, en la antigua Roma donde en un cierto momento la mejor sangre se encontraba fuera del Senado.

---

6 Expresiones características de Himmler: "Lo que es posible en Japón, que una moneda de oro puede permanecer en el suelo sin que nadie la recoja, debe suceder entre nosotros". O bien, "Se puede prohibir a un SS el alcohol, si no mantiene su palabra no lo queda más que la pistola. Si rechaza prometer, es expulsado".

De lo que se ha dicho sobre las cualidades características del hombre de la SS resulta evidente la voluntad de sobrepasar el plano propio a un cuerpo simplemente político y, por el contrario, alcanzar el propio a una Orden en el sentido antiguo; viene explícitamente reconocido que sin el presupuesto de una religiosidad, de un punto de referencia propiamente espiritual, los valores mencionados de fidelidad, honor, verdad y demás se convertirían en fórmulas vacías y la unidad propia a un orden jurado sería imposible. Se presenta así un tercer aspecto de la SS, el propiamente espiritual.

En un opúsculo titulado "cincuenta preguntas y respuestas para el hombre de la SS", después de haber considerado el solemne juramento de fidelidad, se pregunta: "¿Crees pues en un Dios?", siendo la respuesta, "Si, creo en un Dios soberano y considero que quien no cree, es presuntuoso, estúpido e impropio para nosotros". Pero aquí no es tan interesante esta profesión de fe, vaga manifestación del respeto por toda convicción religiosa que no se mezcle con la política, cuando la tendencia a despertar una forma precisa de espiritualidad, ligada a la tradición nórdica y más en general, indogermánica para dar a la SS también el carácter de "tropa de asalto de la visión del mundo" –weltanschauliche Stosstrupp (Heydrich). Hemos indicado al principio que el "retorno a los orígenes" tiene una importancia esencial en la actitud de la SS. Esta tendencia se concretiza en el llamado Ahnenerbe, palabra que significa más o menos "herencia de los antepasados" y que designa a una especie de organización cultural de la SS[7]. La misión principal de tal institución es la de restablecer el contacto entre las

7 El presidente del Ahnenerbe es el Sturmbannführer SS, profesor Walther Wüst. La organización tiene varias publicaciones y tiene como órgano oficial la revista mensual Germania dirigida por el Dr. J. O. Glassmann.

antiguas tradiciones y la elite más sabia de la Alemania renovada; parte de la premisa de que lo que ha surgido inconscientemente, como instinto de la profundidad del alma está expuesto a continuos peligros y no puede alcanzar una verdadera realización mientras no esté protegido por la fuerza del espíritu consciente y, de una clara visión (Walther Wüst). Se propone por lo tanto indagar "el espíritu y las acciones del indogermanismo nórdico", de dar "una forma viviente a los resultados de estas indagaciones" y de transmitirlo al pueblo alemán.

A tal respecto, al menos programáticamente, se ataca de pleno los métodos del "cientificismo" y del racionalismo, se rechaza toda interpretación "naturalísta" de las antiguas religiones, reconociéndose en el mito y en el símbolo la vía de un conocimiento superior y se llega incluso a pensar que la llamada "objetividad" y cientifismo pueden ser la cobertura de la acción secreta de fuerzas paralizantes y destructivas (Heydrich). La cosa es sintomática y muy interesante: estos jefes de la SS que cumplen las más importantes y delicadas funciones políticas, que controlan la policía secreta del Estado alemán y son la guardia de corps del Führer y del nacionalsocialismo, son al mismo tiempo personas que se interesan vivamente por el mundo de los símbolos y de los mitos primordiales, personas con las cuales se puede hablar de problemas trascendentes y de las tradiciones espirituales de los orígenes: un hecho éste que nosotros hemos constatado repetidamente y que no nos produce excesiva alegría, al contrario, al compararlo con el nivel de nuestra cultura sobre la cual nada ha podido la revolución de las camisas negras; cultura que incluso cuando se trata de nuestras cosas más sagradas, como el mundo de la antigua romanidad, permanece en los esquemas de un conocimiento positivisticamente ignorante, amamantada

de presunción académica, que eran propias del mundo iluminista y racionalista del siglo pasado.

Queriendo sin embargo evitar toda parcialidad, debemos señalar que por cuanto respecta a este aspecto espiritual de la SS, si la presencia de un vivo interés y de una adecuada sensibilidad es incontestable, no se puede decir lo mismo acerca de los principios verdaderamente dignos de este nombre. Para la reconstrucción del antiguo mundo tradicional se asumen a menudo falsos puntos de referencia, de los cuales el significado de muchas ideas se deforma y su capacidad se limita, especialmente por una cierta prisa en sacar adaptaciones políticas y por el particularismo de una cierta actitud racionalístico nacional. Estas observaciones, por otro lado, valen en general respecto a las varias tentativas de la nueva Alemania de integrar la visión del mundo nacionalsocialista con un contenido tradicional y simbólico de orden superior: estas tentativas no deben sin embargo conducir a un juicio apresurado, dado que no es fácil orientarse en este orden de cosas, y no se pueden destruir de un día para otro los efectos deletéreos de un errado modo de pensar y de una falsa cultura que el hombre occidental siente como propios desde hace siglos. Sin embargo, si la SS, que representa no un círculo de "intelectuales" sino un cuerpo ya sólidamente organizado en el sentido de una orden que controla uno de los más potentes "movimientos renovadores europeos", lograse crear en su propio seno una elite efectivamente capaz de realizar con un sólido conocimiento de los principios la aspiración del retorno a los orígenes, se trataría de un hecho de importancia capital. En la primera etapa de tal integración nos encontraríamos de hecho con formas de espiritualidad y de civilización que, como la del medioevo gibelino con sus órdenes de caballería, ya presentan una síntesis entre el elemento nórdico

germánico y el romano.

La segunda etapa nos permitiría alcanzar la espiritualidad general indogermánica primordial y sus tradiciones solares, lo que vale tanto como decir el origen de todo lo que, en el ciclo en el que vivimos y que puede ser para nosotros objeto de historia puede valernos como civilización en sentido superior. Resulta evidente que una elite que fuese realmente capaz de una realización de este tipo, tuviera un valor no sólo para la propia nación, sino también para todos los demás pueblos arios que luchan contra el mismo enemigo y se dan cuenta de que la lucha no puede ser decisiva sin que antes no sea integrada por una idea, unos símbolos y un conocimiento superior. Mientras la prensa judeo comunista se esfuerza en presentar a la SS como una especie de G. P. U.[8], nosotros, considerando estas posibilidades y augurando que en próximos desarrollos sean, aunque sea en parte, realizadas, nos inclinamos por el contrario a ver en la "Orden Negra", guardia de la revolución de la cruz gamada, en los hombres de la "runa de la victoria" y de la "runa rayo" y de la gorra que simboliza la fidelidad hasta la muerte, el germen de un orden en el sentido superior tradicional y por lo tanto de una solidaridad espiritual que podría devenir supranacional: pensamos en una unidad apta para integrar núcleos probados e igualmente orientados de varias naciones, recreándose todas las grandes visiones heroicas y metafísicas de la espiritualidad aria y nórdica y constituyendo así el frente que necesitamos cuando como hoy y como en el más inminente futuro, se plantea la lucha decisiva contra la marea de fuerzas oscuras ligadas a los símbolos de las varias internacionales.

8 G.P.U.: Policía política soviética

APENDICE III

El "Estado de la Orden" y las SS

Consideremos ahora algunas iniciativas del Tercer Reich que, desde nuestro punto de vista, no están desprovistos de interés y en las cuales influencias y exigencias ligadas parcialmente a las ideas de la "revolución conservadora" han tratado. Se trata de todo lo que estaba en relación con el concepto, o el ideal, de un Ordensstaat, es decir, de un Estado dirigido por una Orden (en oposición partícula a la fórmula del Estado-Partido) más allá de las fórmulas colectivizantes de la Volksgemeinschaft, de la colectividad nacional-racial y del "Estado del Führer» con base totalitaria, populista y dictatorial.

En cierta forma, se recuperaba así la tradición de los orígenes prusianos. Se sabe, en efecto, que el núcleo original de Prusia fue una Orden, la Orden de los Caballeros Teutónicos, que fueron llamados en 1226 por el duque polaco Conrad de Mazovia para defender

las fronteras del Este. Los territorios conquistados y los dados en feudo formaron un Estado dirigido por esta Orden, protegida por la Santa Sede del que sin embargo sobre el plano de la disciplina y por el Sacro Imperio Romano. Este estado comprendía Prusia, Brandeburgo y Pomerania; fue a parar a los Hohenzollern en 1415. En 1525, con la Reforma, el Estado de la Orden se «secularizó», emancipándose de Roma. Pero si el lazo propiamente confesional de la Orden se encuentra así atenuado, este no conserva menos su fundamento ético, ascético y guerrero. Así continúa la tradición, que da forma al Estado prusiano bajo sus aspectos más característicos. Paralelamente a la constitución de Prusia en reino, la Orden del Águila Negra fue creada en 1701, Orden ligada a la nobleza hereditaria, que recuperó como divisa la de los orígenes y del principios clásico de justicia: Suum cuique. No deja de tener interés señalar que, en la formación « prusiana » del carácter, especialmente por lo que respecta al cuerpo de oficiales, se refería explícitamente a una recuperación viril del estoicismo a través del dominio de uno mismo, la disciplina, la firmeza de alma y un estilo de vida sobrio e integro. Así, por ejemplo, en el Corpus Juris Militaris introducido en las Academias en el siglo XVIII se recomendaba al oficial el estudio de las obra de Séneca, Marco Aurelio, Cicerón y Epíctero; Marco Aurelio en particular fue una de las lecturas de Federico el Grande. Correlativamente, se alimentaba cierta antipatía por el intelectualismo y el mundo de las letras (se puede recordar a este respecto la actitud sarcástica y drástica de Federico-Guillermo I, el "Rey Soldado" que quería hacer de Berlin una «Esparta nórdica» [1]. El lealismo («libertad en la obediencia») y el principio del servicio y del honor caracterizaban a la clase política superior que dirigía el Estado prusiano, antiguamente "Estado de la Orden", y lo que le confería su forma y su fuerza.

Quizás es preciso indicar también la influencia que ejerció en algunos medios en un período más reciente y durante la República de Weimar, la Bundesgedanke, el pensamiento o el ideal Bund, implicaba forma organizativas. Bund quiere decir, en general, liga o asociación; pero, en este caso específico, la expresión había un contenido próximo al de Orden, y no estaba carente de relación con lo que había sido designado en ciertas investigaciones etnológicas y sociológicas, bajo el nombre de Männerbund, es decir, la «sociedad de hombres». Se penaba en una élite definida mediante una solidaridad exclusivamente viril, mediante una especie de autolegitimidad. En Alemania, antes mismo del desarrollo del nacional-socialismo, diferentes Bünde nacieron pues e, incluso cuando tenían modestos efectivos, con orientaciones diversas y un carácter casi siempre exclusivo; en los casos donde el dominio de sus intereses interfería con el dominio político, eran partidarios de un régimen elitista, opuesto a los regímenes de masas.

Estos precedentes eran recordados, es preciso saber que la idea que podía servir para corregir el hitlerismo, era que el Estado debía ser dirigido, antes que por un partido único, precisamente por algo parecido a una "Orden" y que, en consecuencia, el Tercer Reich, una de las tareas fundamentales era la creación de cuadros cualificados por medio de una formación sistemática de una élite, concebida como la encarnación típica de la idea de un nuevo Estado y de la visión del mundo correspondiente. Con esta diferencia parcial, en relación a la tradición precedente, que aquí se tomaba en consideración, además de las cualidades del carácter, cualidades físicas, el factor «raza» -con una referencia particular al tipo nórdico- era realzado. Las iniciativas tomadas en este sentido por el Tercer Reich fueron fundamentalmente dos.

La primera fue la constitución, mediante el partido, de

tres Ordensburgen, de tres «castillos de la Orden». Se trataba de complejos con edificios cuya arquitectura quería inspirarse en el viejo estilo nórdico-germánico, con amplios terrenos anexos, bosques, prados, y lagos, donde los jóvenes eran acogidos, tras una selección previa. Se les daba una formación militar, física e intelectual, se les enseñaba una cierta «visión del mundo», una parte especial estaba considerada a todo lo que se tenía que ver con el valor y la resolución, con pruebas físicas bastante arriesgadas. Además, en los Castillos eran en ocasiones evocados procesos jurídicos con los aspirantes, o Junker, que tenían su desarrollo ante el público: se elegían procesos donde el honor y otros valores éticos jugaban un papel para probar, mediante una serie de discusiones, la sensibilidad moral y las facultades naturales de juicio de los individuos. Rosenberg supervisaba los Ordensburgen; sus ideas servían de fundamento esencial para el adoctrinamiento, lo que, dadas las reservas que hemos hecho sobre ellas, introducía en el conjunto un factor problemático. Los jóvenes salidos de estas instituciones, donde llevaban una vida en «sociedad de hombres solos», aislados del resto del mundo, habrían asumido la posesión de un título particular y preferencial para asumir funciones políticas y obtener puestos de responsabilidad en el Tercer Reich o, más bien, en lo que el Tercer Reich hubiera debido convertirse.

Pero las SS tuvieron muchas más importancia. A partir de la propaganda bien conocida en la posguerra, a penas se habla de las SS, la mayor parte de la gente piensa especialmente en la Gestapo, en los campos de concentración, en el papel que algunas unidades de las SS jugaron en las represalias durante la guerra. Todo esto es una simplificación bastante grosera y tendenciosa. No entraremos en este terreno aquí, ya que no tenemos porque ocuparnos de las contingencias. En ese caso como en otros, solo los principios nos inte-

resan aquí, las ideas directrices que es preciso estudias independientemente de lo que algunas de sus aplicaciones pueden haber dado lugar. Es preciso pues aclarar algunos aspectos de las SS generalmente ignorados (o que se prefiere ignorar).
En el origen, las dos letras SS eran las iniciales de Saal-Schutz, designación de una especie de guardia personal que Hitler, durante el primer período de su actividad, tenía a disposición para su protección y para el servicio de orden en las reuniones políticas. Entonces no era más que un pequeño grupo. A continuación, las dos S se refirieron a Schutz-Staffeln (literalmente: « batallones de protección ») y fueron estilizados con dos signos en zig-zag, los cuales reproducían un viejo signo nórdico-germánico, las «runas de la victoria» e, igualmente, la «fuerza-rayo». Se llega a la formación de un verdadero cuerpo, para la protección del Estado, a partir de ahora –el "Cuerpo Negro"- distinto de las Camisas Pardas, o SA. Hitler y Göring se sirvieron de este cuerpo en la represión del 30 de junio de 1934, que puso fin a las veleidades de una "segunda revolución" radical en el interior del partido. Por su papel en esta acción, las SS obtuvieron un estatuto y poderes particulares; fue considerada como la "guardia de la revolución nacional-socialista".
El verdadero organizador de las SS fue Heinrich Himmler, quien fue nombrado Reichsführer SS, es decir jefe de las SS para todo el Reich. Himmler era de origen bávaro y educación católica. Mientras era estudiante de agronomía había formado parte en 1919 de los cuerpos de voluntarios que lucharon contra el comunismo. Tenía tendencia promonárquicas y conservadoras de Derechas que le había sido transmitidas por su padre, el cual había sido el preceptos lealista del príncipe heredero Enrique de Baviera. Pero el ideal de una Orden, ejercía sobre él una fascinación particular; su mirada estaba vuelta sobre los voluntarios de la an-

tigua Orden de los Caballeros Teutónicos de la que ya hemos hablado. Las SS, hubieran debido ser un cuerpo capaz de asumir bajo una forma nueva la función misma de núcleo central del Estado, que la nobleza había tenido, con su lealismo. Para la formación del hombre de las SS, contempló una mezcla de espíritu espartano y de disciplina prusiana. Pero tuvo contemplo también la Orden de los Jesuitas (Hitler decía de él bromeando que Himmler era su "San Ignacio de Loyola") en lo que concernía a cierta despersonalización llevada hasta límites inhumanos. Así, se decía, por ejemplo desde el principio que aquel que quería formar parte de las SS debía estar dispuesto, si era necesario, por su fidelidad y su obediencia a no perdonar a ninguno de sus hermanos; o que para un SS las excusas no existían; solo la palabra dada era algo absoluto. Por citar un ejemplo, extraído de un discurso de Himmler, se podía pedir a un SS que se abstuviera de fumar ; si no prometía hacerlo, era expulsado, pero si lo prometía y no cumplía, entonces "no le quedaba otra vía más que el revolver", es decir, el suicidio. Pruebas de valor físico eran previstas en los regimientos militarizados: por ejemplo deber permanecer en calma en posición de firmes, esperando la explosión de una granada colocada sobre el casto de acero que llevaba.

Existía otro aspecto particular: la cláusula racial. Fuera de la sangre «aria» (ascendencia aria probada hasta 1750 al menos) y una constitución física sana, se concedía gran importancia al tipo racial nórdico de gran talla. Himmler, además, habría querido hacer de la SS una Sippenorden, es decir, una Orden que, a diferencia de las antiguas órdenes de caballeros, había correspondido en el futuro a una raza, a una sangre, a un linaje hereditario (Sippe). En consecuencia, la libertad de elección conyugal del SS estaba muy limitada. No debía casarse con cualquier mujer (por no hablar de mujeres de otra raza). La aprobación de una oficina racial

especializada era necesaria. Si no se aceptaba su juicio, había que abandonar la Orden, pero en el momento de la admisión (tras un período probatorio), esta cláusula estaba claramente precisada para el aspirante SS. Así se reafirmaba el biologismo racista, ligado a cierta banalización del ideal femenino que daba un relieve particular al aspecto "madre" de la mujer.

Mientras que Hitler alimentaba aversión por los descendientes de las viejas casas reales alemanas, Himmler tenía una debilidad por ellas y estimaba que las SS eran, en el Tercer Reich, el único cuerpo que podía convenir a los príncipes. De hecho, diferentes representantes de la nobleza formaron parte de ella. El príncipe Waldeck-Pyrmont se había enrolado en 1929; en 1933 se adhirieron los príncipes de Mecklenburg, Hohenzollern-Sigmaringen, Lippe-Biesterfeld, etc. El príncipe Philippe de Hesse era un amigo personal de Himmler desde hacía tiempo. La aproximación de esta importante organización del Tercer Reich con la nobleza alemana en los últimos años se expresó también en las relaciones cordiales mantenidas con el Herrenklub de Berlín (el «Club de los Señores») y en el hecho de que Himmler diera un discurso en la Deutsche Adelsgenossenschaft (la Corporación de la Nobleza Alemana). Las relaciones con el ejército fueron más reservadas, menos por divergencias de orientación que por razones de prestigio, cuando fueron creadas en las SS regimientos armados y militarizados y, en último lugar, verdaderas divisiones que debían adoptar el nombre de Waffen-SS. Fue, sin embargo. Paul Hausser, que había abandonado el ejército cuando era teniente coronel, para militar en las filas de la «revolución conservadora» y del Stahlhelm de Seldte, que reorganizó en 1935 la academia de las SS y supervisó luego la escuela de cadetes de las SS en «Welfenschloss» de Brunswick.

Al desarrollarse, las SS se ramificaron en múltiples

secciones, algunas de las cuales, dado su carácter específico, dejaron sin duda en segundo plano los aspectos de "Orden". Podemos hacer abstracción aquí de las SS «con la calavera" que tuvieron funciones paralelas a las de la policía ordinaria y a la policía del Estado (por lo demás, un decreto de 17 de junio de 1936, nombró a Himmler jefe de la policía en el ministerio del interior); es a este sector de las SS a los que eventualmente se atribuyen algunos aspectos negativos del cuerpo, utilizados para presentar como abominables a todo el cuerpo. Señalaremos solamente la Verfügungstruppe SS, que era una fuerza armada « a disposición», dependiente directamente del jefe del Reich, en julio de 1940,da nacimiento a las Waffen-SS, es decir a unidades militares de élite cuya preparación elevada (dada la formación personal exigida al hombre de las SS) durante la Segunda Guerra Mundial debieron imponer al enemigo respeto y admiración. La sección Rusha (iniciales de Rasse und Siedlungshauptamt), que se ocupaba de cuestiones raciales y de colonización interior puede igualmente se dejada de lado. Son iniciativas de orden cultural de las SS las que pueden quizás presentar aquí un interés.

La realización del ideal de Himmler reconocía una especie de handicap en el hecho de que una Orden en sentido propio debería tener igualmente un fundamento espiritual; pero, en este caso concreto, no podía haber ninguna referencia al cristianismo. En efecto, la orientación anticristiana, la idea de que el cristianismo era inaceptable en razón de todo lo que contenía de no-ario y de no «germánico», esta idea estaba muy presente en las SS y, a pesar de cierta tensión existente entre Himmler y Rosenberg, había entre los dos, sobre este tema, una indiscutible convergencia de puntos de vista. Estando excluidos el catolicismo y el cristianismo, el problema de la visión del mundo se detenía pues, en todo lo que no fuera más lejos de una

disciplina severa y de la formación del carácter; los SS tuvieron también la ambición de ser una weltanschauuliche Stosstruppe, es decir, una fuerza de ruptura en el terreno de la Weltanschauung precisamente. Desde hacía tiempo en el seno de la SS, se había constituido la SD, o « Servicio de Seguridad » (Sicherheitsdienst), que habría debido tener también, en principio, actividades culturales y de control cultural (declaración de Himmler en 1937). Incluso si el SD se desarrollo luego en otras direcciones, comprendido el contra-espionaje, su Buró VII mantuvo un carácter cultural, y sabios y profesores serios formaron también parte del SD. Además, se podía devenir un SS «de oficio», ad honorem (Ehrendienst, servicio honorífico): esta posibilidad afectaba a las personalidades de la cultura que se estimaba que habían aportado una contribución válida en la dirección que hemos indicado antes. Podemos citar, por ejemplo, el profesor Franz Altheim, de la universidad de Halle, célebre historiador de la Antigüedad romana y el profesor O. Menghin, de la universidad de Viena, eminente especialista de la prehistoria. L'Ahnenerbe, instituto particular de las SS, tenía como tarea realizar investigaciones sobre la herencia de los orígenes, del terreno de los símbolos y de las tradiciones al dominio de la arqueología.

En efecto, la atención se había vuelto hacia lo que podía extraer de esta herencia en materia de visión del mundo y en este campo de investigación el exclusivismo nacionalistas de algunos medios fue descartado. Es así, por ejemplo, que Himmler subvencionó al holandés Hermann Wirth, autor de la Aurora de la Humanidad, gran obra sobre los orígenes nórdico-atlánticos, e invitó a pronunciar conferencia a un autor italiano [evidentemente, el autor habla de si mismo] que realizaba investigaciones en este terreno igualmente y, en general, sobre el mundo de la Tradición, manteniéndose a distancia del catolicismo y del cris-

tianismo, pero evitando las desviaciones ya señaladas por nosotros a propósito de Rosenberg y de otros autores.

Se desprende de todo esto que las SS presentaron un marco bastante diferente y más complejo de lo que se cree generalmente. Si estas iniciativas particulares permanecieron como proyectos, el hecho de que pudieran pensarse tiene un sentido. En principio, el idea de un "Estado de la Orden », en su oposición al Estado totalitario, dictatorial, de masa, y al Estado-partido, no puede ser juzgado más que positivamente desde el punto de vista de la derecha; ya hemos tenido ocasión de expresarnos a este respecto criticando la noción fascista del partido único. En el caso específico de Alemania, todo habría dependido de esto: en qué media habría podido llegar a una integración de los elementos de Derecha aun en su lugar, con una rectificación de los aspectos del Tercer Reich que eran para algunos representantes de la "revolución conservadora" y del espíritu prusiano, una contracción usurpadora de sus ideales.

La SS adquirió cada vez más importancia política, hasta el punto de que se pudo hablar de ella como de un "Estado dentro del Estado" o, más precisamente, del "Estado SS". En efecto, tuvo células en numerosos puestos clave del Reich en la administración, la diplomacia, etc. La concepción de un Estado de la Orden implicaba en efecto, que los hombres de la Orden fueron designados para estos puestos, tal como fue el caso para la nobleza en el pasado.

Finalmente, es preciso hacer una alusión a las Waffen SS. En el mes de julio de 1940, las formaciones de las SS que, en el origen y en tiempos de paz, habían sido concebidas como una « fuerza a disposición », dieron nacimiento a unidades militares y a divisiones blindas que, aún guardando cierta autonomía, lucharon al lado de la Wehrmacht. De estas Waffen-SS nació, hacia fi-

nales de la Segunda Guerra Mundial, lo que algunos llamaron "el primer ejército europeo". Himmler aprobó la idea, formulada primeramente por Paul Hausser y recuperada luego por Gottlob Berger, de constituir con voluntarios de todas las naciones de las divisiones de Waffen-SS para luchar contra Rusia comunista y para defender Europa y su civilización. Así fue recuperada, prácticamente la función que había tenido, en los orígenes la Orden de los Caballeros Teutónicos en tanto que guardia del Este, y que había animado a los Freikorps, los voluntarios que habían combatido a los bolcheviques en las regiones orientales y en los países bálticos tras la Primera Guerra Mundial. En total, más de 17 naciones estuvieron representadas en las Waffen-SS, con verdaderas divisiones: franceses, belgas, holandeses, escandinavos, belgas, holandeses, ucranianos, españoles e incluso suizos, etc. El conjunto contó con 800.000 combatientes, de los cuales solamente una parte procedían de la zona germánica, los voluntarios, a causa de esto, fueron frecuentemente, tratados como «colaboradores». Tras la guerra los supervivientes fueron a menudo perseguidos en sus naciones respectivas.

En un discurso pronunciado en Poznan el 4 de octubre de 1943, Himmler habló precisamente de las SS como de la Orden armada que, en el porvenir, tras la eliminación de la Unión Soviética, habría debido hacer guardia en Europa sobre los Urales contra las «hordas asiáticas». Lo importante, es que en esta situación un cierto cambio de perspectiva tuvo lugar. Se cesa de identificar la "arianidad" con el "germanismo". Se quería combatir no por un nacional-socialismo expansionista reposando sobre un racismo unilateral, ni por el pangermanismo, sino por una idea superior, por Europa y por un «Orden Nuevo» europeo. Esta orientación ganó terreno en las SS y se expresó en la declaración de Charlottenburg publicada por el Bureau

Central de las SS hacia final de la guerra; este texto era una respuesta a la declaración de San Francisco hecha por los aliados sobre los objetivos de la guerra «cruzada de la democracia». En esta declaración de Charlottenburg, se trataba de la concepción del hombre y de la vida propia al Tercer Reich y, sobre todo, del concepto de Orden Nuevo, el cual no habría debido ser hegemónico, sino federalista y orgánico.

Es preciso recordar, por otra parte, que se debió a Himmler un intento de paz in extremis (considerado por Hitler como una traición). Por medio del conde Bernadotte, Himmler transmitió a los aliados occidentales una propuesta de paz por separado, a fin de continuar la guerra únicamente con la URSS y el comunismo. Se sabe que esta propuesta –que, si hubiera sido aceptada, habría podido asegurar a Europa otro destino, evitando así la « guerra fría » que seguiría y el paso al comunismo de la Europa situada tras el « telón de acero »- fue rechazada en nombre de un ciego radicalismo ideológico, al igual que había sido rechazada, por la misma razón, la oferta de paz hecha por Hitler a Inglaterra en términos razonables, durante un famoso discurso en 1940, en un momento en que los alemanes eran los vencedores.

APENDICE IV

LEGIONARISMO ASCÉTICO[9]

Encuentro con el jefe de la
"Guardias de Hierro"

Bucarest, marzo 1938
Rápidamente nuestro coche deja tras de si aquella curiosa zona que es el centro de Bucaresto: un conjunto de pequeños rascacielos y edificios modernísimos, predominantemente de tipo "funcional", con tiendas y almacenes entre parisinos y americanos, el único elemento exótico son los frecuentes sombreros de astracán de los agentes y los burgueses. Alcanzamos la estación del Norte, tomamos una polvorienta calle provincial costeada por pequeños edificios del tipo de la vieja Viena, que alcanza el campo con rigurosa línea recta. Después de media hora, el automóvil dobla de repente a mano izquierda, toma una calle campestre, se para frente a un edificio casi aislado entre los cam-

9 de Julius Evola, El Régimen Fascista, el 22 de marzo de 1938,

pos: es la llamada "Casa Verde", residencia del Jefe de los "Guardias de Hierro" rumana.
"La hemos construido con nuestras mismas manos", nos dicen con cierto orgullo los legionarios que nos acompañan. Intelectuales y artesanos se han asociado para construir la residencia de su jefe, casi en el sentido de un símbolo y un ritual. El estilo de la construcción es rumano: a los dos lados, se dilata con una especie de porche, casi da la impresión de un claustro.
Entramos y alcanzamos el primer plan. Allí encuentro a un joven alto y esbelto, con vestido deportivo, con un rostro abierto, da enseguida una impresión de nobleza, fuerza y lealtad. Es Corneliu Codreanu, jefe del Guardia de Hierro. El tipo es característicamente ario-romano: parece una reaparición del antiguo mundo ario-itálico. Mientras sus ojos gris-azules expresan la dureza y la fría voluntad propia a los Jefes, en el conjunto de la expresión hay simultáneamente una rara nota de idealismo, de interioridad, fuerza y humana comprensión. También su modo de conversar es característico: antes de contestar, parece absorberse, alejarse, luego, de repente, empieza a hablar, expresándose con precisión casi geométrica, en frases bien articuladas y orgánicas.
"Después de toda una falange de periodistas, de cada nación y color, que no supieron dirigir si no preguntas ligadas a la política cotidiana, es la primera vez, y con satisfacción" -dice Codreanu- "que viene a mí alguien que se interesa, ante todo, en el alma, el núcleo espiritual de mi movimiento. Para aquellos periodistas encontré una fórmula para satisfacerlos y para decirles algo, es decir: nacionalismo constructivo".
"El hombre se compone de un organismo, es decir de una forma organizada, luego de fuerzas vitales, y luego de un alma. Lo mismo puede decirse de un pueblo. Y la construcción nacional de un Estado, aunque incorpore naturalmente los tres elementos, puros, por ra-

zones de diversa cualificación y herencia, puede tomar sobre todo los rasgos particulares de alguno de ellos.
"Para nosotros, en el movimiento fascista predomina el elemento Estado, que equivale a la forma organizada. Aquí habla la potencia formadora de la antigua Roma, maestra del derecho y de la organización política, del cuál el italiano es el más puro heredero. En el nacionalsocialismo, en cambio, se resaltan las fuerzas vitales, la raza, el instinto de raza, el elemento étnico-nacional. En el movimiento legionario rumano el énfasis se pone, sobre todo, en aquello que, en un organismo, corresponde al elemento alma: sobre el aspecto espiritual y religioso.
"De aquí surge la característica de los distintos movimientos nacionales, los cuales comprendan estos tres elementos sin descuidar ninguno, pero en distintas proporciones. El carácter específico de nuestro movimiento procede de una remota herencia. Ya Heródoto llamó a nuestros antepasados: "Los nos Dacios inmortales". Nuestros antepasados getotracios tuvieron por fe, ya antes del cristianismo, la inmortalidad y la indestructibilidad del alma, lo que prueba su orientación hacia la espiritualidad. La colonización romana ha añadido a este elemento el espíritu romano de organización y forma. Todos los siglos siguientes han hecho miserable y han disgregado a nuestro pueblo: pero al igual que en un caballo enfermo, es posible reconocer la nobleza de su raza, así mismo en el ayer y hoy del pueblo rumano se pueden reconocer los elementos latentes de esta doble herencia.
"Y es esta herencia la que el movimiento legionario quiere despertar" continúa Codreanu. "Parte del espíritu: quiere crear un hombre espiritualmente nuevo. Realizado como "movimiento" esta tarea, nos espera el despertar de la segunda herencia, la de la fuerza romana políticamente formadora. Así el espíritu y la religión son para nosotros el punto de partida, el

"nacionalismo constructivo" es el punto de llegada y casi una consecuencia. Al unir un punto con otro aparece la ética ascética y simultáneamente heroica de la "Guardia de Hierro" ".

Le preguntamos a Codreanu en que relación se encuentra la espiritualidad de su movimiento con la religión cristiano-ortodoxa. La respuesta es:

"Generalmente, tendemos a vivificar en la forma de una conciencia nacional y una experiencia experimentado lo que, en esta religión, muy a menudo se ha momificado y se ha convertido en el tradicionalismo de un clero soñoliento. Luego nosotros encontramos en una condición feliz por el hecho que a nuestra religión, articulada nacionalmente, es extraño el dualismo entre fe y política y puede proveernos elementos éticos y espirituales sin imponerse como en todo caso una entidad política. De nuestra religión el movimiento de la Guardia de Hierro retoma una idea fundamental: la del ecumenismo, es decir la superación positiva de cada internacionalismo y cada universalismo abstracto y racionalista. La idea ecuménica implica la de una sociedad considerada como unidad de vida, como organismo vivo, como un vivir junto, no sólo con nuestro pueblo, sino también con nuestros muertos y con Dios. La realización de esta idea en forma de experiencia efectiva es el centro de nuestro movimiento; política, partido, cultura, etcétera, para nosotros no son más que consecuencias y derivaciones. Tenemos que revivificar esta realidad central, y renovar en esta vía al hombre rumano, para luego proceder y construir la nación y el Estado. Un punto particular es que, para nosotros, la presencia de los muertos en la nación ecuménica no es una abstracción sino una realidad: la de nuestros muertos y, sobre todo, la de nuestros héroes. No podemos separarnos de ellos; ellos son como fuerzas libres de la condición humana, penetran y sustentan nuestra vida más alta. Los legionarios se

agrupan periódicamente en pequeños grupos, llamados "nidos" ["cuib" n.d.c.]. Estas asambleas siguen rituales especiales. Cada reunión se abre pasando revista a todos nuestros compañeros caídos, a cuyo nombre los demás contestan "Presente". Para nosotros esto no es una ceremonia vacía, ni una alegoría, sino una evocación real.

"Distinguimos el individuo, la nación y la espiritualidad trascendente -continúa Codreanu- y en la dedicación heroica consideramos lo que lleva del uno al otro de tales elementos, hasta a una superior unidad. Nosotros negamos en cada forma el principio de la utilidad bruta y materialista: no sólo sobre el plano del individuo, sino también sobre el de la nación. Por eso en la nación reconocemos principios eternos e inmutables, en nombre de los que se tiene que estar listo para combatir, morir y sobre todo a subordinar, al menos con la misma decisión, nuestro derecho de vivir y de defender nuestra vida. La verdad y el honor son, por ejemplo, de los principios metafísicos, que nosotros ponemos más para arriba nuestra misma nación."

El carácter ascético del movimiento de la Guardia de Hierro no es genérico, sino también muy concreto y, por decirlo así, practicante. Por ejemplo, la regla del ayuno: tres días a la semana, unos 800.000 hombres practican el llamado "ayuno negro", es decir, la abstinencia de comida, de bebidas y de tabaco. Además, la oración tiene en el movimiento una parte importante. El Cuerpo de Asalto seleccionado que lleva el nombre de los dos jefes legionarios caídos a España, Mota y Marin, practica la regla del celibato. Le preguntamos a Codreanu que nos indica el sentido preciso de todo eso. Parece meditarlo durante un momento y luego contesta:

"Existen dos aspectos, que para aclararlos se necesita tener presente el dualismo del ser humano, compuesto

de un elemento material naturalista y de un elemento espiritual. Cuando lo primero domina a lo segundo, es el "infierno". El equilibrio entre ambos es precario y contingente. Sólo el dominio absoluto del espíritu sobre el cuerpo es la condición normal y el presupuesto de toda fuerza verdadera, de todo heroísmo auténtico. Practicamos el ayuno porque propicia tal condición, afloja los vínculos corpóreos, propicia la autoliberación y la autoafirmación de la pura voluntad. Y cuando a eso se suma la oración, nosotros pedimos a las fuerzas de lo alto que se unan a nosotros y nos sustenten invisiblemente. Esto conduce a un segundo aspecto: es una superstición pensar que en cada combate solamente las fuerzas materiales y sencillamente humanas sean decisivas; en ello entran, en cambio, también en juego las fuerzas invisibles, espirituales, al menos igualmente eficaces como las primeras. Somos conscientes de la positividad y de la importancia de tales fuerzas. Por esto damos al movimiento legionario un carácter ascético. También, en las antiguas órdenes caballerescas estuvo presente el principio de la castidad. Esta característica, entre nosotros, está estrechamente ligada al Cuerpo de Asalto, con una justificación práctica, es decir que quien debe entregarse completamente a la lucha y no tiene que temer la muerte, conviene que no tenga los impedimentos de la familia. Por lo demás, se permanece en este cuerpo solamente hasta cumplir los 30 años. Pero, en todo caso, permanece siempre una aposición de principio: a un lado existen los que sólo conocen la "vida" y que, por lo tanto, no buscan sino la prosperidad, la riqueza, el bienestar, la opulencia; del otro lado están los que aspiran a algo más que la vida, a la gloria y la victoria en una lucha tanto interior como exterior. La Guardia de Hierro pertenece a esta segunda línea. Y su ascetismo guerrero se completa con una última norma: con el voto de pobreza que debe realizar la elite de los jefes del movimiento, con

las reglas de renuncia al lujo, a las diversiones vacuas, a los ocios mundanos, en fin, con la invitación a un verdadero cambio de vida que nosotros hacemos a cada legionario."

ÍNDICE

Hablando de Orientaciones. 5
por Eduard Alcántara

Introducción a la Obra de Julius Evola 11
por Isidro Palacios

Nota a la primera Edición Española 27

ORIENTACIONES 29
I - De Pie en un Mundo en Ruinas 29
II - Construcción de un Hombre Nuevo antes que el Estado 33
III - El Hombre Nuevo 35
IV - El Tipo de Hombre Verdadero 39
V - Grados de un mismo mal: liberalismo, democracia, socialismo y comunismo 41
VI - La aberración económica Vs. la Idea Jerárquica Integral 47
VII - Estado Orgánico e Imperium Vs. Totalitarismo 53
VIII - Idea, Orden, Elite y Estado, por sobre Nación y Pueblo 57
IX - Cultura libre Vs. Metafísica como Vivencia Interior 61

X - Superación del espíritu burgues por una concepción Heroica y Aristocrática de la existencia 65
XI - Estado ni laico ni clerical 69
Conclusión 73

IMPERIALISMO PAGANO 75
I - La Decadencia de la Idea Política y el cristianismo 75
II - El Compromiso Católico 78
III - Las 2 Soluciones - El Peligro Protestante 81
IV - Los Valores Paganos de Restauración 85

APÉNDICE I: 93
La Orden de la Corona de Hierro

APÉNDICE II: 101
La SS. Guardia y Orden de la Revolución de la Cruz Gamada

APÉNDICE III: 115
El "Estado de la Orden" y las SS

APÉNDICE IV: 127
Legionarismo Ascético. Encuentro con el jefe de la Guardia de Hierro